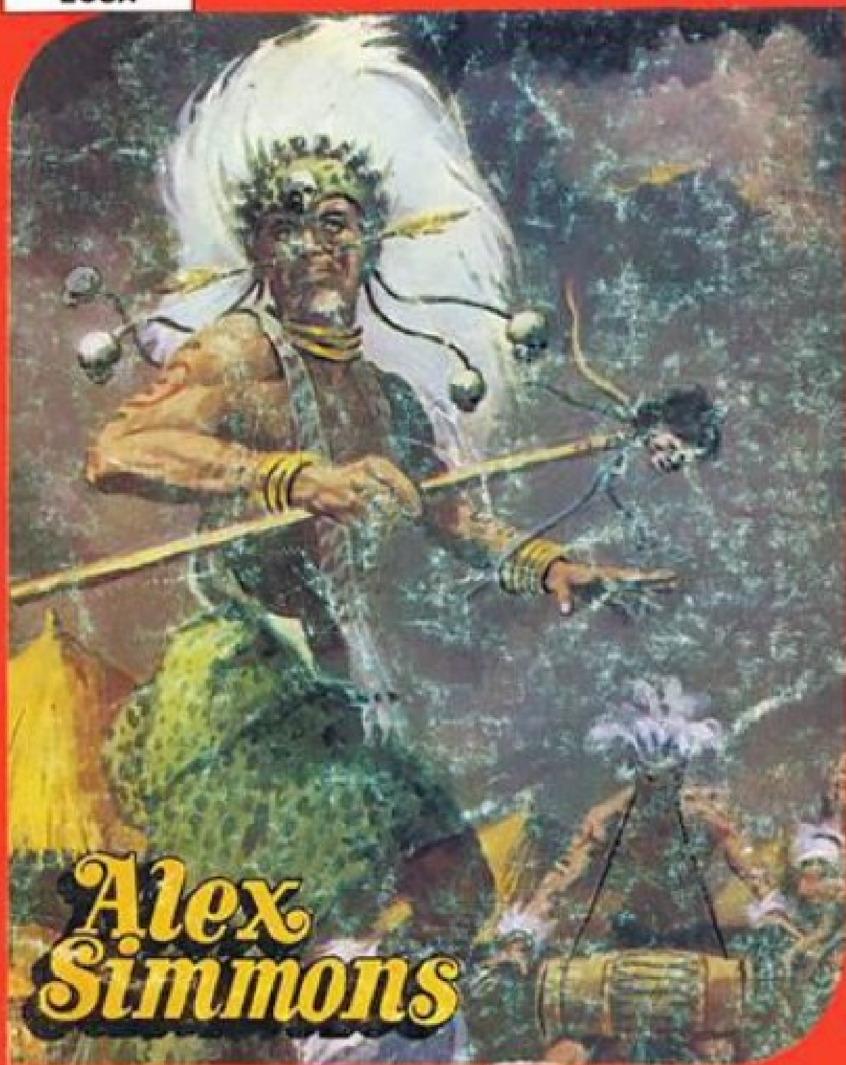
tam tam

NOVELAS ECSA

Más allá de la frontera de la muerte



MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA DE LA MUERTE

TAM Nº 4

Autor: Alex Simmons
ISBN: 9788475180519
Generado con: QualityEbook v0.76

NOTA PRELIMINAR

PARECÍA haber cumplido 80 años. Tenía el cabello completamente blanco, y de no haber leído el manuscrito que mi viejo amigo Winex me había enviado, nunca hubiese creído que el hombre sentado ante mí había sido el célebre explorador Pierre Lebois.

Había vendido su hermosa casa de la avenida Víctor Hugo, en París, yéndose a vivir a Londres, en aquel viejo caserón —La Casa de los Exploradores—, muy cerca de Fulton Street.

Alex le había acogido con cariño, confiándole uno de los departamentos de su poderosa y eficaz organización. Y allí vivía Lebois, sin salir nunca a la calle, trabajando en el despacho, con su eterno aire distraído y lejano, como si soñase.

Lo interesante de las notas que Weiss me había enviado, hicieron que me desplazase a Londres, deseando oír el resto de los propios labios del protagonista de aquella extraña aventura, ya que deseaba publicar un libro sobre tales hechos.

No fue sencillo sacar a Pierre de su mutismo, pero al decirle lo que había leído de las notas de nuestro amigo Winex, accedió a contarme la historia de aquel que fue su último safari.

—Nunca más he querido ir a África —me dijo—. Comprendí que nos habíamos equivocado —esbozó una triste sonrisa—. Siempre hemos estado equivocados al entrar en contacto con pueblos a los que, invariablemente, hemos tratado de salvajes y primitivos.

—Eso es cierto —dije.

—Pero, de todos los pueblos a los que hemos sometido primero al colonialismo y luego a un obligado desarrollo industrial, para seguir sacando provecho de ellos, el negro es en el que hemos cometido el más grave error.

—¿Considera usted que la raza negra es tan superior como parece deducirse de sus palabras? —le pregunté.

—No me refiero a superioridad o inferioridad. Todas las razas son iguales como hombres… lo que ocurre es que los negros, ciertos negros, están más cerca del espíritu que el resto de los hombres.

—¿Cómo se entiende eso?

—Es un misterio, como tantos otros. Aunque yo creo que lo que ocurre es que el negro está más cerca de la Naturaleza que nadie; pero… de una Naturaleza que nada tiene que ver con lo que nosotros consideramos como tal… ¿Ve usted esta mesa que nos separa? ¿Sí?

—Pues claro que la veo.

—Y la considera, por todo lo que le han enseñado, por todo lo que ha aprendido, que es un objeto muerto, ¿verdad?

—Así es.

—Se equivoca usted, míster Simmons. La mesa está viva, como lo está todo a nuestro alrededor: el agua de los ríos, del mar, de los océanos, el aire que respiramos, los objetos de piedra, de cartón… ¡todo! Estamos inmersos en una vida TOTAL, aunque distinta a la que nosotros consideramos como tal. Sólo seres privilegiados pueden percatarse de esas otras formas de vida… ¿Sabía que algunos pastores massai oyen llorar a las piedras? Los pigmeos del África Central hablan con las plantas y los vudús entienden el lenguaje de los animales. Yo vi a un grupo de indígenas sudaneses «hablar» con las termitas y convencerlas para que no atravesasen su poblado y destruyesen sus chozas.

—Todo eso es muy curioso.

—Es la verdad, pero la verdad múltiple y sin limitaciones.

—¿Y qué me dice de los zombies?

Sonrió.

—El zombi es el extremo de una línea que no empieza al morir, míster Simmons. Lo crea o no, estamos rodeados de zombies, que lo son mucho antes de dejar este bajo mundo. El zombi es alguien que desea, DESPUÉS DE MUERTO, dejar arreglados ciertos asuntos en el mundo. Son, como decía mi amigo Nankoo, UN TESTAMENTO VIVO que hay que CUMPLIR. Por eso… para penetrar en la única verdad que existe… hay que ir… MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA DE LA MUERTE.

Me decidí a escribir esta obra.

Alex Simmons

Primera parte

EL FALSO SAFARI

EL continente africano no es ya el de antes. Una sociedad industrial se desarrolla ahora en el África negra; pero más allá de las nuevas ciudades, de las fábricas y de los grandes y florecientes puertos, el viejo corazón del hombre africano sigue latiendo con la misma fuerza de siempre. Y el misterio de los ritos sagrados prosigue en las hondas regiones donde, incluso hoy, el hombre blanco no osa entrar.

CAPÍTULO PRIMERO

NUNCA debió aceptar aquel trabajo.

Por lo visto, sus quince años largos de explorador y de guía no le habían proporcionado la suficiente experiencia… o quizá, en cierto modo, había perdido el hábito de tratar con la gente de su propia raza.

Algo verdaderamente vergonzoso.

Porque cualquier massai —esos hombres altos que tanta afición tienen a mantenerse como las cigüeñas, sobre un solo pie y cuyas hermosas danzas cinegéticas había visto decenas de veces—, hasta el más humilde pigmeo, saben muy bien lo que Pierre Dubois parecía haber olvidado.

Un negro africano sabe que no puede fiarse, nunca, de un blanco. Puede que existan, y Pierre era una de ellas, honrosas y contadísimas excepciones.

Lo que podía darse como regla general, sin excepción alguna, se refería a las mujeres blancas, y dentro de éstas a las que poseen ojos azules.

¡Si hubiera recordado todo esto en el momento oportuno!

De haber reflexionado un poco, habría surgido de su memoria la palabra O'lug, un vocablo del reducido vocabulario de los pigmeos, sencillo pero al mismo tiempo, como todo lo simple, tremendamente profundo.

Para los pigmeos, «O'» significa muchas cosas, pero todas ellas relacionadas con el agua: río, arroyo, charca, lluvia… y hasta sudor; basta agregar algo al concepto general de agua «O'», para expresar otra palabra distinta. O'amh significa sudor porque, sencillamente, amh quiere decir «criatura humana», y O'amh: agua de la criatura humana.

Todo esto, así como medio centenar de dialectos más, los conocía Pierre Lebois, pero sin salirse del lenguaje pigmeo, debería haber recordado que O'lug, al mismo tiempo que significa «agua color cielo»,

y por extensión, «ojos azules», quiere decir también —¡y eso es importante!—, «agua azul que corre»; es decir: «SERPIENTE».

Pero ¿a quién se le ocurre pensar en una serpiente, por muy venenosa que sea, cuando se está delante de Hilda von Verlarker?

Incluso si uno tiene la mala suerte de asociar, por mor de algún misterioso engrama mental, la palabra serpiente a la de mujer, a ese uno, en este caso Pierre Lebois, le ocurriría simplemente desear que «dicha serpiente» se enroscase en su cuerpo, lo más «estrechamente» posible.

Porque Hilda era una mujer que necesitaba un buen centenar de adjetivos para calificarla, sólo a medias. Era alta, esbelta, de piel blanca, casi marfileña, porte majestuoso, óvalo perfecto en el rostro, naricilla respingona y particularmente atractiva, «a lo Cleopatra», una boca llena de promesas… y unos ojos inmensos, grandiosos, de un azul variable, como un cielo cuyas tonalidades se modifican a menudo.

Ya antes de ver a Hilda, Pierre Lebois tuvo ocasión de quedarse boquiabierto ante el lujo de aquella mansión situada en los alrededores de Bonn, capital de la Alemania Federal.

Había recibido un telegrama en su residencia inhabitual de París, su hermoso piso de la Avenue de Víctor Hugo, a cuatro pasos del Arco de Triunfo, donde no pasaba, para decir toda la verdad, más que un par de semanas al año.

El telegrama le rogaba pasase, lo antes que le fuera posible, por la residencia de Von Verlarker.

Y así lo había hecho.

Primero, hubo de pasar por la severa inspección de un gigantesco mayordomo que parecía haber salido de las páginas del antiguo Signal, tanto se parecía a un sargento de las SS.

Tras la visión brutal del mayordomo, vino la de una doncella, alta, rubia, de ese tipo casi «caballar», que poseen ciertas campesinas alemanas, especialmente las de Sajonia.

La doncella le condujo, tomando el relevo del SS-mayor-domo, a un precioso salón, no mucho más pequeño que el inmenso que había atravesado en compañía del colosal criado.

Y allí esperó, mirando curiosamente y con creciente admiración, los objetos de valor que le rodeaban, pensando en la fortuna colosal que todo aquello representaba.

Pero, sin embargo, la riqueza que le envolvía no era ofensiva, como

suele serlo la de los «nuevos ricos»; al contrario, era una riqueza suave, armónica, sutil, pero al mismo tiempo tremendamente impresionante.

Después apareció Hilda.

Surgió de una puerta, al fondo del salón. Vestida de negro, portando un luto riguroso, ya que su marido había dejado de existir hacía poco más de un mes.

Lo de «vestida», pensó Lebois mientras la mujer avanzaba hacia él, era, forzosamente, un eufemismo, una manera de decir. Porque el vestido, largo —le llegaba casi hasta los pies—, poseía especiales particularidades físicas, tales como la semitransparencia y una excitante maleabilidad, si podía hablarse así de una tela. Lo cierto es que más que «ceñirse», se «pegaba» al escultural cuerpo que apenas ocultaba.

—Monsieur…

Hablaba el francés como una parisina, y como el alemán de Pierre era bastante elemental, agradeció in petto que la elegante y hermosa dama se expresara en la lengua de Moliére, lo que iba a facilitar positivamente la conversación que acababa de iniciarse.

—Pierre Lebois, para servirla, frau Von Velarker.

—Siéntese, por favor.

—Después de usted.

Pierre esperó todo lo necesario, hasta que la alemana rompió el silencio.

—Le agradezco que haya venido tan pronto, señor. Ya sé que puede parecerle extraño, pero ardo en deseos de alejarme de aquí, de mi casa, de Alemania, de Europa.

—Entiendo.

—En vida de Hans, mi esposo, viajé en su compañía hasta que su enfermedad le impidió salir de casa. Hemos recorrido América, parte de Asia y, naturalmente, la totalidad de Europa, incluida la URSS.

Lanzó un suspiro.

—Pero ahora es distinto. Quiero alejarme de la civilización… descubrir nuevos horizontes y, como desde muy pequeña, me he sentido siempre atraída por África, deseo empezar por ese continente…

—Me parece muy bien, señora. ¿Tiene usted alguna idea concreta respecto al itinerario a seguir?

—Sí —respondió ella sin la menor duda—. Deseo que vayamos a Dahomey.

A Pierre le pareció de perlas.

En realidad, poco le importaba el lugar. Lo importante para él en aquellos momentos de «contemplación embobada», era hallarse al lado de aquella beldad.

Porque, cuando uno se pasa la vida acompañando a norteamericanos gordinflones, a esqueléticos británicos con esposas obesas o escuálidas, pero generalmente feas hasta lo inconcebible, la posibilidad de convertirse en guía de alguien como Hilda es, además de una maravillosa ocasión, un verdadero regalo del cielo.

Aunque… ¿por qué diablos no sospechó nada al oír el nombre de Dahomey?

El pequeño país del África occidental no es, generalmente, el lugar preferido por los turistas. No quiere decir esto que no haya animales en Dahomey, pero para contemplar esa fauna africana que tanto atrae a los extranjeros: jirafas, elefantes, búfalos… es necesario adentrarse en el país, en las regiones de Atakora y Pendjari.

Mucho más sencillo, si lo que se desea es hacer un safari fotográfico, es irse sencillamente a Kenia, donde uno puede encontrar todo lo que desee.

Pero Pierre no pensó en el «otro lado» de Dahomey, ni relacionó el país con algo que él conocía muy bien. Lo cierto fue que la belleza de Hilda, como se dice corrientemente, le «vació el cerebro».

—Monsieur Lebois —siguió diciendo ella—, los informes que de usted poseo no pueden ser mejores. Por eso confío plenamente en su capacidad de organización y en su profesionalidad.

—Merci.

—Lo dejo todo en sus manos, pero debo advertirle algo: No voy sola…

Pierre se puso tenso.

—…me acompaña herr Doktor Münter, el mejor amigo de mi difunto esposo… y mío.

—Muy bien.

—Otra de las cosas que debo decirle es que Adolf, el doctor, y yo, saldremos de aquí dentro de un par de semanas. Usted nos estará esperando en Porto-Novo.

Aquello, sí que le extrañó.

Primero, porque es bastante raro que un turista conozca de antemano la geografía del país que va a visitar. Y, segundo, porque Porto-Novo no es el puerto ni la ciudad más importante de Dahomey, sino Cotonú, capital y primer puerto del país.

—Otra cosa —dijo Hilda antes de que Pierre llegase a reflexionar más—. ¿Posee usted medios de transporte adecuados?

—¿Eh? —inquirió el explorador sin comprender.

Ella le envió una sonrisa encantadora.

—Desdichadamente —dijo sin dejar de sonreír—, estoy acostumbrada a un cierto standing, lo que puede traducirse por un exceso de comodidad. *Vous me comprenez, n'est-ce pa*?

—Muy bien, madame. Pierda cuidado. Alquilaré vehículos especiales, en cuyo interior viajará usted con la misma comodidad que en un Mercedes.

—¡Oh, gracias! Es posible que, una vez allí, me olvide pronto, y así lo deseo, de las comodidades excesivas de las que gozo. ¿No le parece?

—Estoy casi seguro de que así ocurrirá, meine frau. Entre todas las maravillas que encierra la vida en África, una de las más importantes es el deseo, de todo el que allí llega, de entrar en contacto directo con la Naturaleza. Casi en seguida, se siente uno cautivado por la grandiosidad de un mundo natural que, por desdicha, el hombre blanco ha olvidado por completo. Es como si esa parte primitiva que todos guardamos en el interior de nuestra alma, se rebelase.

—¡Qué hermosura!

—El sol, el aire, los animales, los indígenas —se embaló Lebois—, todo ello contribuye a que nos arranquemos ese disfraz que la civilización nos obliga a llevar puesto. Y empezamos a comprender, señora mía, la poca validez de todo lo «artificial» que llevamos con nosotros… y el sublime valor de lo «natural» a lo que despreciamos, calificándolo de «salvaje».

Hubo un destello de admiración en los hermosos ojos de ella, y Pierre sintió algo así como si acabara de meter los dedos en un enchufe de la luz.

—Usted ama mucho África, ¿verdad?

—Sí. El continente negro me ha enseñado lo que hubiese sido de nuestra raza sin el progreso y la civilización. Desdichadamente, también los africanos empiezan a «gozar» de las delicias de nuestro «saber».

Volvió a suspirar.

—Y es una pena, señora. Hasta hace muy poco, ningún africano trabajó jamás en un sitio cerrado, junto a una máquina-herramienta, sobre un suelo de cemento, sin ver el sol. Ahora van en autobús, tienen radio y hasta televisión en sus casas; llevan zapatos y los más elegantes, corbata y camisa blanca… Y algo mucho más grave, frau Von Verlarker.

—¿El qué?

—Empieza a haber psiquiatras en esos hermosos países.

—¿De veras?

—Así es, desdichadamente.

—¿Es que no hubo nunca enfermos mentales entre esa gente?

—No —repuso rotundamente el explorador—, hasta que los médicos blancos empezaron a decir que ciertos estados anímicos eran enfermedades mentales, locura…

Sin poderlo evitar, Pierre se echó a reír.

—¡Locura! Lo que así califican los psiquiatras, señora, era hasta hace poco, y continúa siéndolo para muchos negros, «superioridad por acción de los espíritus o de ciertas divinidades».

Ella, a su vez, sonrió.

—Algo así ocurre con nuestros dementes, señor. Yo no sé lo que un negro loco puede imaginarse que es. Aquí, solemos creer que nos hemos convertido en Napoleón Bonaparte. ¡Los frenocomios están repletos de Napoleones!

El rostro de Lebois se puso muy serio.

—Es cierto —dijo—; pero, incluso si un negro supiera quién fue el Primer Cónsul, jamás se rebajaría a compararse con él. Porque si así fuera, si desease ser Napoleón, entonces sería él el primero en considerarse completamente loco.

CAPITULO II

A sus 55 años, Adolf Münter conservaba gran parte de lo que fueron sus atractivos juveniles; era alto, fuerte, con el cabello negro cortado a lo prusiano, ojos marrones como la mayoría de los bávaros y una amplia frente de intelectual.

Lo de doctor le venía de sus estudios de ingeniería química, y debido a esa especialidad suya había trabajado, en los últimos 20 años, en el seno de la Chimikindustrie regida por Von Verlarker, una de la más importantes multinacionales con sede en Alemania federal.

Desde hacía ocho años, justo cuando la enfermedad de Hans empezó a inmovilizarle en el lecho —padecía una parálisis general progresiva de origen oscuro—, Adolf había cogido las riendas de la industria, convirtiéndose, al mismo tiempo, en el amante de Hilda.

Así seguían las cosas, cuando Hans falleció.

Y, poco después, tras la visita de Pierre Lebois, la hermosa mujer, que se dignó excepcionalmente a acompañar al explorador hasta la puerta de la suntuosa mansión, se reunía, precipitadamente, en la biblioteca, con Adolf, que la estaba esperando con visible impaciencia.

—¿Qué tal ha ido?

Antes de contestar, Hilda tomó asiento en uno de los sillones, y tras encender parsimoniosamente un cigarrillo:

—¡Todo ha ido a las mil maravillas!

—¿Le has dicho dónde deseamos ir?

—Sí.

—¿Y… no le ha extrañado?

—En absoluto. La verdad —añadió con una sonrisa—, es que Lebois me ha estado comiendo con los ojos.

—Nada extraño —sonrió el doctor a su vez—. Ese hombre se pasa la

vida entre negras.

—Es cierto. Ni siquiera pestañeó cuando le dije que quería ir a Dahomey.

—Puede que sea menos inteligente de lo que pensábamos… o temíamos.

—Puede ser. También es verdad que, al oír el nombre de Dahomey, no lo ha relacionado con Haití (1). Es muy probable que no haya salido de África y que nunca estuviera en América.

(1) País al que los esclavos negros llevaron los ritos del «vudú».

—Sigue siendo lógico.

Hubo un silencio; luego, Hilda, elevó la intensa mirada de sus ojos azules hacia Adolf, que seguía en pie, apoyado en la enorme mesa que estaba situada en el centro de la biblioteca.

—¿Crees que lo conseguiremos, cariño?

—Estoy seguro de ello, amor. Por mucha fama que mundialmente tengan los ritos «vudú» en el Caribe, lo cierto es que la fuente de todo ello está en Dahomey…

Lanzó un suspiro.

—Dejando aparte la vieja historia, este país, que antes se llamaba Abomey, formó, con sus vecinos, Togo y la Costa de Marfil, lo que tristemente se llamó La Costa de los Esclavos. De allí salió la mayor parte de los negros que fueron vendidos en América. Y, ¿sabes quién se encargaba de capturar a los negros para venderlos después?

—No.

—Las mujeres.

—¿De veras?

—Como lo oyes. En pleno siglo XVII, el sultán formó una tropa aguerrida de mujeres, y eran ellas, rodeando a los poblados, que después atacaban, las encargadas de la «caza» de aquellos desdichados que habrían de atravesar el océano, cargados de grilletes, rumbo a los campos de algodón de los Estados Unidos (1).

(1) Auténticamente histórico.

—Es horrible.

—Más tarde, la venta de esclavos se convirtió en un privilegio real, un monopolio que sólo podía ejercer el soberano.

—Comprendo. Y, seguramente, fueron esos negros los que se llevaron a América las técnicas «vudú».

—Sí, desde luego. Pero esos ritos se alteraron el otro lado del mar, al

mezclarse con otros. El verdadero poder «vudú» no se encuentra más que en el actual Dahomey.

—Y… tú crees que…

Adolf asintió con la cabeza.

—¿Que lo conseguiremos? Desde luego que sí. Lo importante es llegar al país y adentrarse hacia las zonas donde existen aún «monasterios» vudús.

—¿Monasterios?

—De alguna manera hay que llamarles. Allí es donde los vudús «hacen hombres nuevos».

—Eso ya me lo explicarás cuando lleguemos allí —dijo Hilda con un deje de impaciencia en la voz—; pero… ¿y lo nuestro?

Una nube pasó sobre el rostro de Münter.

Luego, esbozando una sonrisa que más era una mueca, murmuró con un tono casi inaudible de voz:

—No te preocupes, Hilda. Los vudú devolverán la vida a Hans.

* * *

Hay en el centro de Londres, no lejos de Fulton Street, un edificio de tres plantas cuya fachada no ha sido revocada desde hace dos siglos, uno de esos edificios feos y descuidados que los londinenses habrían amado ver desaparecer en el curso de los bombardeos de la Luftwaffe, durante la Segunda Guerra Mundial.

Pero la casa sigue allí, aparentemente cerrada, ya que la puerta no se abre más que cuando alguien pronuncia una especie de «sésamo», que le permite penetrar en aquel lugar extraño.

Allí se reúnen los exploradores y guías africanos procedentes de todos los países occidentales.

Centro de orientación, de compra, de información y de muchas cosas más, el viejo caserón posee en su interior una actividad intensa, contando inclusive con un grupo de télex que le mantiene en estrecha unión con las casas proveedoras de todo el mundo.

A su regreso a París, donde sólo permaneció una semana, dando instrucciones, las de siempre, a Madeleine, su vieja ama de llaves, Pierre Lebois voló por Air France hasta Londres, yendo desde el aeropuerto al viejo caserón, en las cercanías de Fulton Street.

Alex Winex era el cerebro de aquella poderosa y útil organización, y fue con él con quien se entrevistó Pierre, como lo hacían todos aquellos que deseaban montar un safari difícil.

Sin citar el nombre de su cliente, Pierre solicitó un material especial

para el viaje a Dahomey.

Alex le escuchó atentamente, sin interrumpirle ni una sola vez, y cuando Lebois terminó de hablar:

—Creo que lo mejor sería adquirir un vehículo especial en los Estados Unidos. Tiene dos pisos; es decir, piso y medio, con dormitorio, comedor, baño, cocina y, desde luego, aire acondicionado. Es un poco caro…

—El precio no importa.

—Para el resto del safari —prosiguió diciendo Winex—, ya sabe usted por experiencia que lo mejor son los Land Rover y algún que otro jeep.

—Todo eso lo encontraré en Cotonú.

—Desde luego. Enviaré un télex a la casa americana y el coche estará en Dahomey, por vía aérea, dentro de cuatro días. ¿Le va bien así?

—Perfectamente.

Alex se recostó en su cómodo sillón giratorio, al tiempo que se frotaba la barbita blanca que le salía del mentón.

—¡Cómo han cambiado las cosas, Lebois! Ahora, hacer un safari en África es casi como dar un paseo por Hyde Park…

—Mucho menos peligroso —sonrió el francés—, ya que en Hyde Park puede uno tropezar con gente mucho más rara que en Dahomey.

Ambos rieron.

Luego, ya serio, Alex dijo en tono confidencial:

—Estuve en Dahomey y en Togo hace doce años. ¿Conoce usted bien Dahomey, Lebois?

—No mucho. Mi especialidad, como usted sabe, ha sido casi siempre el África oriental y central: Kenia, Tanzania, Zaire… naturalmente, he viajado un poco por todas partes: Nigeria, Niger, Alto Volta, Tchad, Sudán… pero sólo he estado dos veces en Dahomey.

Y tras unos instantes de silencio:

—¿Es que quería usted decirme algo respecto a ese país, señor Winex?

Alex volvió a acariciarse la barbilla de chivo; entornó sus ojos claros y tardó unos instantes en romper el silencio que se había hecho en el despacho.

—Usted sabe —dijo luego—, tan bien como yo, los serios disgustos, que a veces, afortunadamente pocas, nos han dado algunos safaris. La

curiosidad morbosa de algunos clientes, su ignorancia completa de las costumbres indígenas y la mofa que hacen hacia ciertas creencias religiosas autóctonas, han derivado generalmente a situaciones molestas y hasta catastróficas.

Pierre estaba de acuerdo, y recordaba más de uno de aquellos desagradables acontecimientos, como el de aquel estúpido millonario norteamericano que se empeñó en firmar el interior de un harén, en las peligrosas tierras del Tchad.

—En Dahomey —siguió diciendo Winex—, hay ciertas regiones a las que le aconsejaría amistosamente no llevara a sus clientes.

—¿Qué zonas?

—Las del Oeste, especialmente las tierras habitadas por los somba y los dendi.

Lebois recordó, de repente, cosas que yacían en el fondo de su memoria y que no había asociado al safari que estaba preparando.

—*Mon Dieu*! —exclamó—. Mira que puedo ser tonto. Mientras hablaba con mi cliente, no reaccioné absolutamente cuando se decidió a visitar Dahomey.

—¿Y ahora sí? —sonrió el otro.

«¡Demonios de Alex! —pensó el francés—. Seguro que acaba de darse cuenta de que mi cliente es una hermosa mujer.»

Y en voz alta:

—Sí. Se lo juro, amigo mío. Ni por un momento se me ocurrió pensar en el binomio Dahomey-vudú.

—No hay nada malo en que los extranjeros echen una ojeada a los ritos vudú, ya que como la mayor parte de los que han escrito sobre este asunto, siguen convencidos que son los individuos de las tribus, o «etnias» de los fon y los yoruba quienes los practican con la máxima perfección.

Alargó la mano para coger un cigarrillo de un hermoso estuche de marfil que había sobre la mesa.

—Pero… eso no es cierto, Lebois.

—Entiendo.

—El vudú que esa gente practica es puro folklore. Sacrificios de algunos animales, en medio de un ambiente secreto y tenebroso, cantos histéricos y todo lo demás. Y, natural mente, un precio muy alto por asistir a esas «importantes ceremonias».

—Ahora casi todo es folklore en África.

—Así es. Los negros han aprendido en seguida lo que pueden sacar

de la estupidez de los turistas. Como en todas partes, amigo Lebois. Porque no irá usted a decirme que el baile apache que se ve ahora en París tiene nada que ver con el de la Belle Epoque.

—Es cierto.

—Sin embargo —y la sonrisa se borró de los labios de Alex—, fuera de las necias exposiciones de ese folklorismo de tercera clase, los pueblos africanos siguen respetando sus viejas ideas y ritos. Y en el caso concreto de Dahomey, los dendi y los somba practican el verdadero vudú.

—Creo —dijo el francés— no estar muy versado en esas cosas.

—Ni yo tampoco, mon ami. Sé lo que todo el mundo sabe… y no creo más allá de lo que todo el mundo cree. Sin embargo, he oído hablar de «las fábricas de hombres» o como dicen ellos… de «la creación de la personalidad». También he oído hablar de «la muerte a distancia» y, ¿cómo no?, de los «zombies».

—¿Los resucitados?

—Exactamente.

Pierre no pudo por menos de sonreír.

—No irá usted a decirme que cree usted en eso, ¿verdad? —inquirió con un tono francamente escéptico en la voz.

Alex se encogió de hombros.

—Pues claro que no lo creo, a menos que lo vea con mis propios ojos, y eso es poco menos que imposible. Pero, si reflexionamos un poco, y pensamos que hasta hace muy poco, nuestros médicos daban por muerto a quien no lo estaba aún…

—¿Eh?

—Lo que oye, Lebois. Hasta que se descubrió que la verdadera muerte se produce cuando el cerebro deja de funcionar, ¿no se consideraba como fallecido a la persona cuyo corazón había dejado de latir?

—Es verdad.

—Ahora, nos parece estar seguros de conocer el momento en que la muerte acontece… pero ¿estamos realmente seguros de ello? ¿No será posible que de aquí a unos años se demuestre que los que enviamos al cementerio… no están del todo muertos?

—Creo que exagera usted un poco, amigo mío. Y lo que acaba de decir, me recuerda una frase de no sé qué obra de teatro española, que oí una vez y que me hizo muchísima gracia.

—Todo el mundo sabe que el español tiene un sentido humorístico

de la muerte. Pero ¿qué decía esa frase?

—Algo así como… «*los muertos que vos matáis, gozan de buena salud*».

Alex se echó a reír.

—¡Muy bueno! Pero —y su rostro se ensombreció—, siguiendo con nuestro asunto, vuelvo a recordarle lo que antes le aconsejé: si le es posible, no lleve a esa gente a las tierras de los somba y de los dendi.

—Seguiré su consejo, amigo mío.

* * *

Hilda lanzó una mirada brillante a la larga hilera de maletas, doce en total, de cuero blanco con sus iniciales en oro, que se extendía al pie de la escalinata, ocupando parte del enorme vestíbulo de la mansión.

Oyó los pasos de Adolf que bajaba por la escalera, pero no se volvió, sintiendo, poco después, las manos del hombre sobre sus hombros.

—¿No te parece un poco excesivo tu equipaje, querida?

Ella se volvió hacia el hombre, sonriente pero con un brillo de divertida protesta en sus hermosos ojos.

—¡No digas eso, *chéri*! En estos cuatro días que he pasado en París, he comprado verdaderas divinidades… me he hecho hacer dos trajes de exploradora que van a causar sensación.

—¿A los negros? —sonrió el doctor.

—¿Y por qué no? Desde muy pequeña, cuando veía las películas de Tarzán de los Monos, soñaba representar el papel de «diosa blanca».

—Y eso es lo que eres… —dijo él besándola en el cuello—: ¡una verdadera diosa!

—¡Adulador!

Retrocedió un poco Münter, encendiendo un cigarrillo antes de decir.

—Salimos mañana a las diez. Supongo que no lo habrás olvidado.

—No lo he olvidado.

—Es un vuelo de Lufthansa que nos llevará directamente a Togo. Desde allí, cogeremos un barco hasta Porto-Novo.

—Entendido. ¿Y él?

Un brillo acerado se pintó en las pupilas de Münter.

—Hans saldrá, en transporte especial, hasta Le Havre, en Francia, donde embarcará, camino de Porto-Novo. No ha sido sencillo arreglar todos esos papeles. El asunto va a costamos muchísimo más de lo que habíamos previsto.

—¿Por qué?

—Por muchas cosas. Exportar una máquina refrigeradora especial, no ha sido demasiado dificultoso; pero, lógicamente, algo tan tremendamente caro no podía ser exportado a Dahomey, una nación aún pobre, claramente tercermundista, cuya sola industria moderna está constituida por un par de fábricas de tejidos.

—Comprendo.

—He tenido que buscar a un falso comprador, en un país rico, y me he visto obligado a decir que iba a exportar la máquina a África del Sur. Uno de nuestros representantes en El Cabo se ha hecho cargo de la compra. Naturalmente, la falsa máquina no llegará jamás a África del Sur.

—¡Naturalmente que no!

—Pero no creas que es tan sencillo como parece. Para evitar jaleos con el gobierno federal y con el de África del Sur, he exportado otra máquina, la de verdad, que será enviada desde el puerto de Hamburgo. Así podremos camuflar la «nuestra», que será descargada en Porto-Novo.

—¿Y si las autoridades de Dahomey examinan la máquina?

—No podrán hacerlo. El barco. El barco que la llevará es de confianza, y su capitán ha sido comprado convenientemente… La «máquina» permanecerá a bordo del navío hasta que hayamos encontrado lo que necesitamos. Entonces, el buque levará anclas… y descargaremos lo que hay dentro de la máquina, durante la noche, en alguna parte de la costa de Dahomey.

—Ya veo que es terriblemente complicado.

—No puedes imaginártelo, Hilda. Cuando hayamos sacado a Hans, un vehículo especial, dotado de un mecanismo frigorífico, lo llevará al punto donde lo estaremos esperando.

—¿No sospechará nada Lebois?

—En absoluto. En cuanto lleguemos a Dahomey, asumiré el papel que he de representar. No temas. Le pagamos lo suficiente para que comprenda que nuestro safari no es un sencillo paseo por las tierras africanas.

—No verá a Hans, ¿verdad?

—En ningún momento, querida. Hans viajará, desde el punto en que sea desembarcado, protegido por un grupo de seis hombres, los mismos que harán el viaje con él y al mando de Karl…

Ella sonrió.

—Nuestro mayordomo —sonrió ella—. Fue un verdadero hallazgo el

que hiciste al encontrarle.

—Fue un joven teniente de la Waffen-SS durante la última parte de la guerra, y uno de los pocos que intentó defender el Führerbunker donde estaba Adolf Hitler. Un valiente, Hilda; un hombre audaz que no conoce el miedo.

—Lo sé.

—Ha sido él quien ha buscado y elegido a los cinco hombres que le acompañarán. Puedes estar segura de que nadie, absolutamente nadie, se acercará a Hans.

Ella torció el gesto en una mueca salvaje.

—¡El muy imbécil! ¿Cómo podía imaginar yo que iba a escribirte aquella carta?

—Sospechaba ya lo que existía entre nosotros, cariño. Y debió también pensar que tu paciencia estaba tocando a su fin.

—¡Yo no lo habría hecho de haber sabido algo!

—No tienes que lamentarte de nada, amor mío. Tuviste una paciencia de santa, al lado de ese hombre enfermo y díscolo. Cualquier mujer habría hecho lo que tú.

Hilda no pudo evitar un estremecimiento.

—¡Siempre fue un canalla y un hipócrita, Adolf!

—Lo sé.

—Aquella noche, cuando fui a quitarle el frasquito de gotas que le mantenían vivo, tenía, como siempre, los ojos cerrados… ¡pero estoy segura de que me estaba viendo u oyendo! Y cuando me alejé de puntillas, me volví un instante hacia la cama… ¡y vi cómo sonreía!

—Ya te he dicho antes que sabía que íbamos a matarle… o, mejor dicho, a evitar que siguiera muriendo. Yo recibí su carta aquella misma noche, y no tuve tiempo de prevenirte, aunque sabía que lo ibas a hacer…

Lanzó un suspiro.

—Una carta llena de cinismo, Hilda. Una misiva en la que me comunicaba que había guardado, en un sitio donde nunca las encontraría, las fórmulas del «ciclotropeno», el producto con el que esperábamos convertir nuestra industria en la más importante y próspera del mundo.

Rechinó de dientes.

—Una sustancia con miles de aplicaciones, capaz de adoptar el estado sólido, el líquido, el gaseoso o el micelar… dura como el acero o blanda como la cera, pesada como el hierro o ligera como el aluminio…

¡una verdadera revolución en la fabricación de todo lo imaginable! Carrocerías ligeras e irrompibles, paneles para la construcción, productos derivados para el soldaje instantáneo en frío de cualquier clase de materia… ¡La maravilla de las maravillas!

—¡El muy ladino! Y tuvo la suerte de tomar la fórmula de manos del viejo profesor Wislandér… que falleció una semana más tarde.

—De eso se aprovechó, cariño, de la muerte del viejo Johan. Si el profesor hubiera vivido un poco más, yo le habría sacado la copia de la fórmula.

—Y ahora, sólo él sabe dónde está escondida.

Adolf lanzó una mirada terrible.

—Lo dirá, Hilda. Confesará el lugar donde ha escondido la fórmula.

—¡Ojalá estuviese tan segura como tú!

—Puedes estarlo. Ya sabes que mi hobby han sido desde siempre las Ciencias Ocultas y la Antropología. Por eso vamos a Dahomey… porque allí, aunque los ignorantes no crean en ello, hay hombres capaces de hacer hablar a Hans…

—¿Incluso después de muerto?

Münter sonrió.

—La muerte, amor mío, seguirá siendo por siempre un inexplicable misterio para los humanos.

CAPITULO III

—¡AHIL!

Una forma negra, minúscula, salió disparada hacia el jeep. Ahil llevaba unos pantalones cortos que dejaban ver sus musculosas pero pequeñas piernas, cubriéndose el torso con un chaleco de un rojo vivísimo, demasiado largo para él y cuya procedencia habría de ser buscada en el uniforme de algún botones de un gran hotel parisino.

Y ése era el verdadero origen de la curiosa prenda.

Conociendo los gustos del pequeño Ahil, Pierre no había dudado, en el curso de uno de sus rápidos viajes a París, en adquirir aquel chaleco rojo como la muleta de un torero, del que el pigmeo no se volvió a separar nunca más.

Porque Ahil era un pigmeo.

Lebois le había encontrado, en un viaje al antiguo Congo Belga, gravemente herido por los incisivos de un viejo elegante enloquecido. El francés movilizó todos los medios a su alcance, incluso un helicóptero, trasladando al pigmeo al Hospital Central de Kinshasa donde un equipo de hábiles cirujanos logró salvarle la vida.

Desde entonces, a partir del momento en el que Ahil salió del hospital, nunca se había separado de Pierre, a excepción de los cortísimos viajes que el explorador hacía a su París natal. Y antes de salir para Europa, Lebois dejaba al pigmeo en el lugar desde el que cogía el avión, encontrándolo allí a su regreso.

A Lebois no le molestó en absoluto, a su salida de Londres, cogen un avión para Livreville, la capital de Gabón, donde recogería a Ahil. Y allí le vio, corriendo como un desesperado hacia el jeep que Fierre había alquilado para trasladarse desde el aeropuerto a la ciudad.

De un brinco prodigioso, el pigmeo saltó al vehículo. —¡Tú estar de vuelta, Ma-har! —lanzó el negrito—. Y yo estar contento de nuevo verte.

Ma-har significaba simplemente «hombre-montaña», y Lebois sonreía, ya que pensaba no merecer aquel apelativo con su metro setenta y cinco de estatura. «A lo más que podía haber aspirado —pensaba a veces— es que me llamara “hombre colina”, ¡y gracias!»

Nunca imaginó Pierre el tesoro que había encontrado con el pigmeo. Detrás de aquel rostro prematuramente arrugado y envejecido, como el de todos sus congéneres, brillaba una inteligencia positiva, una astucia poco común y otras virtudes que hacían de él un ayudante valioso y un camarada de cuya lealtad no podía dudarse nunca.

En los seis años que llevaba junto al explorador, el pigmeo había demostrado poseer cualidades lingüísticas excelentes, excepto para las lenguas de los blancos, ya que hablaba francés e inglés de manera elemental y divertida: pero, por el contrario, manejaba los dialectos tribales de la mayor parte de África con una soltura verdaderamente notable.

—¿Dónde ir esta vez, Hombre Montaña?

—A Dahomey, Ahil.

—¿Tener que tomar el Pájaro que Vuela?

—Sí.

Si el pigmeo hubiera podido palidecer, lo habría hecho; por fortuna para él, era tan intensamente negro, que ni siquiera hubiese logrado ponerse gris.

Pero la sombra que pasó por sus ojos brillantes, era ya una prueba de su evidente inquietud.

Pierre sonrió.

—¿Cuándo vas a dejar de tener miedo a los aviones, Ahil? Has viajado conmigo por los aires decenas de veces.

El pigmeo bajó la cabeza.

—No ser bueno para hombre o animal —dijo muy serio—, dejar de poner los pies sobre suelo. Los malos espíritus estar en los aires y… uno de estos días… llevar con ellos a Ahil.

—¡No digas tonterías! Va a ser un safari muy interesante. Oye…, ¿sabes que nuestro principal cliente es una hermosa mujer blanca?

Movió el pigmeo la cabeza con inusitada energía.

—No importar mujer blanca ni negra —repuso—. Yo sólo querer hembra de mi pueblo. T’ga, nuestro dios, decir que cuando pigmeo penetrar en Valle del Paraíso, tener que ver los ojos de su compañera.

Pierre se echó a reír.

—Ese T’ga es un dios inteligente, Ahil; no hay nada más hermoso

para un hombre que, al «penetrar en el Valle del Paraíso», como tú dices, poder ver los ojos de la mujer. De todos modos, va a asombrarte la belleza de nuestra cliente.

—No creer que asombrar —repuso el negro—. Mujer blanca parecer enferma, demasiado pálida… y no tener casi olor… o tenerlo de frascos que se echa encima. Mujer sin fuerte olor no ser atractiva… en mi selva, hombre como animal se guía por el olor que llevarle hasta la hembra…

Lebois no hizo ningún comentario. Conocía demasiado bien las costumbres de algunos pueblos pigmeos, y sabía que las mujeres de ciertas tribus se untaban el cuerpo con excrementos de animales para «excitar» el deseo de los pequeños hombres.

Pero, sintiéndose bruscamente filósofo, el explorador dijo:

—Tienes razón, Ahil. En cuestión de gustos no hay nada escrito.

* * *

A la llegada de los dos alemanes a Porto-Novo, Lebois tenía todo preparado.

Se asombró no poco el explorador al ver a Hilda vestida con una chaqueta blanca, una blusa negra tremendamente descotada y un pantalón corto, tan corto que apenas le llegaba al nacimiento de sus hermosos muslos.

«Menos mal —pensó— que no hay antropófagos por estas latitudes.»

Acercándose a él, contoneándose de forma provocativa, la viuda de Hans von Verlarker le tendió una fina mano enguantada de blanco.

—¡Estoy muy contenta de volverle a ver, monsieur!

Inclinándose caballerosamente, Pierre rozó el guante con los labios.

—*C'est moi qui est ravi de vous revoir, Madame…* (1).

(1) Soy yo el encantado de volverla a ver, señora.

Ella volvió a sonreírle, y girando a medias.

—Señor Lebois: le presento al «Doktor» Adolg Miinter, el amigo de la familia del que le hablé en Bonn.

—Mucho gusto, señor Lebois.

—Encantado, doctor.

Hilda apoyó coquetamente su mano en el antebrazo de Pierre.

—Antes que nada, amigo mío —le dijo con voz melosa—, desearía tomar un buen baño y cambiarme.

—Las habitaciones del hotel están reservadas —contestó el explorador—. Está a dos pasos del puerto. Si tienen la amabilidad de seguirme…

—Seguro que sí —dijo la germana—; pero ¿quién se ocupará de nuestro equipaje?

—No se preocupe —sonrió Pierre—. Ahil, mi ayudante, se ocupará de todo, ayudado por los mozos del hotel.

El pigmeo avanzó un par de pasos.

—¡Oh! —exclamó Hilda.

Algo extraño ocurrió entonces, que intrigó al francés. Ahil retrocedió prestamente, ocultándose tras el cuerpo de su amigo. Sin dar mayor importancia al hecho, Hilda se cogió al brazo del doctor y mirando a Pierre:

—Cuando quiera, señor Lebois.

Momentos después, en el vestíbulo del hotel y con las llaves de las dos habitaciones en la mano, Hilda y Adolf rogaron a Pierre que les esperase, un poco más tarde, en el salón, donde podrían charlar tras haberse aseado.

Lebois esperó unos instantes, yendo hacia el puerto donde encontró a su ayudante dando instrucciones a los mozos del hotel. Con una sonrisa de resignación, el explorador vio desfilar ante él la larga hilera de maletas blancas pertenecientes a la alemana y las tres marrones que debían ser del «Doktor».

Se disponía el pigmeo a seguir a los portadores, cuando Pierre le increpó:

—¡Ven aquí, Ahil!

El pequeño negro se acercó a él con la cabeza gacha. No había más que verle para saber que algo le había impresionado.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó directamente Lebois.

El pigmeo alzó hacia su amigo unos grandes ojos asustados. Aquello extrañó al explorador, quien nunca había visto el menor asomo de miedo en las pupilas de su ayudante.

—Estoy esperando, Ahil —le instó—. ¡Habla!

—Mag’ba!

Pierre se echó a reír.

—¿Dices que es una bruja? En cierto modo, mi querido Ahil, no te equivocas. Claro que sería bastante difícil explicarte lo que el verbo «embrujar» significa en ciertas ocasiones…

—¿Tú no creer que ser «Mag’ba»?

—No en el sentido que tú das a esa palabra, Ahil. Esa mujer no posee ningún poder maléfico… si no es el de ser rabiosamente atractiva.

—Tener ella poderes, «Hombre Montaña», grandes poderes… yo ver en sus ojos mi…

—¿Tu qué? —se impacientó Fierre.

—Mi L’har.

—¿Eh?

El explorador estuvo a punto de enfadarse. Que el pigmeo, llevado por sus temores ancestrales, hubiera pronunciado la palabra «T’har», que significa «muerte», lo habría aceptado como una broma de mal gusto. Pero Ahil había dicho muy claramente «mi L‘har», y esto sobresaltó un tanto al francés.

La palabra «har» significa final de la vida sobre la Tierra, ya que los pigmeos creen en la supervivencia, y están convencidos que tras la muerte irán a una región de abundancia, una especie de Jauja en la que no conocerán las calamidades que habitualmente pasan en las frondosas tierras que habitan.

La letra «T», unida a «har», presta un sentido placentero, tranquilo y normal al pasaje al otro mundo; es la muerte por vejez, esa esquina que todo el mundo ha de doblar alguna vez.

Pero la «L» precediendo a «har» tiene un sentido horrible, no sólo por significar «muerte violenta», sino porque también puede traducirse por «ser descuartizado», hecho pedazos, desgarrado… y eso es lo que suele ocurrir, con frecuencia, cuando los pigmeos cazan elefantes, y uno de los pequeños negros, o varios, eran destrozados por las defensas del proboscídeo o aplastados, reducidos a pulpa, bajo las colosales pezuñas del animal.

Pero, en vez de enfadarse, Pierre pensó, sonriendo para sus adentros, que Hilda no podría procurar, en última instancia, más que una muerte dulcísima (lo de muerte era un decir), y que habría sido necesario inventar una nueva palabra de la lengua de los pigmeos para intentar explicar al bueno de Ahil lo que todo aquello significaba.

Era evidente que Ahil se había percatado de que sus palabras eran tomadas en broma, y como quería a Pierre tanto como le respetaba y admiraba, el pequeño negro se encogió de hombros.

—Como tú querer, «Hombre-Montaña», pero yo decir que tú deber tener mucho cuidado…

—¿De esa bruja? ¡No temas, amigo! ¡Anda! Ve al hotel y mira a ver si los mozos han hecho bien su trabajo. Más tarde nos veremos. Puedes esperarme junto a los coches del safari.

De vuelta al hotel, y al comprobar que sus clientes no habían bajado

aún, Lebois pasó al bar e izándose en un taburete, pidió un jugo de naranja, su bebida preferida.

¡Diablo con Ahil!

Era extraño, ya que el pigmeo, aunque supersticioso como todos sus congéneres —y como casi todos los negros—, vivía en un universo poblado por espíritus y demonios.

Pero nunca, hasta aquel día…

No, se equivoca. Algo muy raro había ocurrido otra vez, y esforzándose la memoria, Lebois consiguió recordar que hacía unos cuatro años, cuando acompañaba a un rico hacendado argentino a un safari fotográfico, en Kenia, Ahil había pronosticado que aquel hombre llevaba escrito en el rostro el estigma terrible de la muerte violenta, de la «L'har».

Como era natural, el explorador no hizo el menor caso de las juiciosas palabras del pigmeo; pero, pocos días después de iniciado el safari, no lejos de la silueta nevada del Kilimanjaro, cuando filmaban a un grupo de rinocerontes, el argentino, sin prevenir a nadie, saltó del Land Rover, corriendo para hacer unas tomas en primer plano de un gran macho.

Ahil gritó para prevenir a Pierre, que conducía el vehículo. Y ahora, al recordar todo lo que hizo para evitar aquella desgracia, Lebois sintió que la naranjada que estaba bebiendo tomaba un brusco sabor amargo.

Había hecho girar velozmente al Land Rover, lanzándose ciegamente hacia el rinoceronte que acababa de precipitarse sobre el hombre. Consiguió golpear con el poderoso parachoques del coche el cuerpo monumental del rinoceronte, sin pensar en el disgusto que podría costarle el dañar a uno de los animales del Parque Nacional de Kenia.

Pero ¿quién podía pensar en aquel momento más que en evitar lo que fatalmente ocurrió?

Tras cornear al argentino, el rinoceronte le pasó por encima. Lo que quedó de aquel atrevido turista no fue más que una masa sanguinolenta en la que era muy difícil descubrir algo que recordase el ser humano que había sido.

El pigmeo no se había equivocado.

Aquel hombre llevaba la «L'har» inscrita en el rostro.

* * *

Desde el puente, Karl Fresser miró la inmensidad del mar que rodeaba al navío.

Apenas hablaba con los miembros de la tripulación, habiendo

ordenado a sus hombres que se abstuvieran de relacionarse con ella. Todos ellos, de edad aproximada a la suya, habían servido en las viejas «Waffen-SS», y eran hombres tan duros e implacables como él.

Había, en lo hondo del alma de Karl, un sincero agradecimiento hacia la persona del «Doktor» Münter, no sólo por haberle sacado de una situación harto precaria —Fresser estaba en la lista de los criminales de guerra y reclamado, al mismo tiempo, por los gobiernos de Varsovia y Belgrado—, sino por la generosa ayuda que Adolf prestaba a los ex nazis, demostrando así ser un sincero simpatizante de los que habían luchado valerosamente por la supervivencia del Tercer Reich.

Karl había fumado con impaciencia, esperando el ansioso momento de bajar a la bodega.

Su mano derecha acariciaba la llave dorada que pendía de la cadena de oro que rodeaba su muñeca izquierda. Cadena y llave le habían sido confiadas por Frau von Verlarker, ordenándole que una vez al día, al caer la tarde, exactamente a las seis y media, echase una ojeada al interior de la enorme caja que habían embarcado en el puerto de Hamburgo.

Karl «sabía» lo que contenía la caja.

Pero no lo había visto nunca; por eso, mientras sus ojos fríos recorrían la superficie tranquila del océano, pensaba en el viejo patrón, en Hans von Verlarker, uno de los hombres que habían abierto los brazos a los Aliados, sacando buen provecho de su traición a los sagrados deberes de cualquier alemán decente.

Siempre había odiado a Von Verlarker.

Pero su idea de la disciplina le impedía pensar en lo que Hilda y el «herr Doktor» tramaban y lo que significaba aquel largo viaje de un cadáver oculto en una caja especial.

El sólo sabía obedecer.

Por eso, fue mirando con más frecuencia su reloj de pulsera, recordando lo que Frau von Verlarker le había dicho.

—La caja no se abre más que a las seis y media de cada tarde. Un delicado mecanismo de relojería impide abrirla a cualquier otra hora. No cambies la de tu reloj, aunque veas que la hora del barco se va modificando a medida que os alejéis de Alemania.

Comprobó que sólo faltaban diez minutos.

Abandonando el puente, bajó por una escalera que conducía directamente a la cala de babor. Había siempre, ante la entrada de la

bodega, uno de sus hombres de guardia, armado hasta los dientes.

En aquella ocasión, se trataba de Fritz Hollestein.

—Voy a entrar, Fritz —le dijo Karl—. No permitas que nadie se acerque aquí.

—«*Zu Befehl*!» (1).

(1) ¡A la orden!

Karl penetró en la bodega.

La enorme caja ocupaba gran parte de aquella cala. Era completamente metálica y la puerta era apenas visible. Consultó el reloj e introdujo la llave.

Un chasquido le anunció que el mecanismo había funcionado.

CAPITULO IV

AL ver a sus clientes penetrar en el salón, Pierre abandonó la barra, yendo al encuentro de los dos alemanes. Se sentaron los tres junto a un amplio ventanal que daba a una de las principales arterias de Porto-Novo.

No se intercambiaron más que las banalidades de rigor, hasta que el camarero, tras servir las bebidas que le habían pedido, se alejó. Entonces, de una manera directa, como si sólo estuviese esperando la ocasión de hacerlo:

—Creo, señor Lebois —dijo Münter—, que ha llegado el instante de presentarme de una manera más completa, y puesto que mi profesión actual no tiene que ver nada con los motivos de este viaje, me complace decirle que soy un aficionado bastante serio de la Etnografía y que, además, me intereso muchísimo por las Ciencias Ocultas.

—Me parece muy bien, doctor Münter —dijo Pierre que estaba aún bajo los efectos de las misteriosas palabras del pigmeo y que, mirando al doctor, observaba de reojo a Hilda.

—Ya comprenderá usted ahora —siguió diciendo Adolf— por qué hemos elegido este camino, antes de adentrarnos en África central.

—Entiendo.

—No había tenido, hasta ahora, la oportunidad de venir al Continente Negro, y aprovechándome un poco de la amabilidad de Frau Verlarker, que lo único que deseaba era salir de Europa, insistí hasta conseguir que nuestro periplo empezase en Dahomey.

Lebois empezaba a estar furioso, sin saber ni remotamente por qué. Estaba, al mismo tiempo, irritado, furioso, sin poder separar de su mente el rostro asustado de Ahil.

Así, mirando con fijeza al germano:

—¿Quiere decir todo eso que las características del safari van a ser modificadas?

—No sustancialmente —replicó evasivamente Adolf—. Procuraré interferir lo menos posible en sus itinerarios, señor Lebois…

Fue entonces cuando la voz de Hilda intervino, con un tono seco, que no dejó de asombrar al francés.

—¡No digas eso, Adolf! ¡Tú irás adonde te plazca! Eres mi invitado de honor… y yo soy quien paga.

A Pierre, las últimas palabras le sentaron como una bofetada. Durante unos cortos instantes, pensó en levantarse de la mesa y dejar allí a aquellas dos personas, diciéndoles que se buscaran otro guía.

Pero su lado práctico le hizo permanecer sentado.

Había firmado ya demasiados documentos, comprado demasiadas cosas, invirtiendo gran parte de su dinero en espera de recibirlo de manos de la señora von Verlarker.

Podía, eso sí, haber exigido que le pagasen lo que había anticipado; pero algo extraño, una especie de curiosidad que no podía dominar, le hizo tragar penosamente saliva, sin responder a aquella mujer como merecía.

Ella debió percatarse de que había ido demasiado lejos, y con una voz dulce:

—No he querido ofenderle, monsieur —dijo—, pero es que Adolf es tan tímido… ¡y le debo tanto! Compréndalo: para él, este viaje es más que de placer o de necesidad, lo que es mi caso, de estudio. No le he molestado, ¿verdad?

—No, señora. Además, mi deber es complacer a mis clientes, y puede estar segura de que haré todo lo posible para lograrlo.

—¿Conoce usted bien el país? —inquirió Münter, al que aquella desviación de la conversación estaba aburriendo.

—Bastante.

—¿Es cierto que, como dicen, hay tribus en Dahomey que siguen practicando los ritos vudú?

Sin poderlo evitar, Lebois recordó los prudentes consejos que Alex Weiss le había dado en Londres.

—Eso he oído, herr Doktor —repuso—, pero la verdad es que nunca me he interesado por las creencias de los indígenas. Por otra parte, ya se encargan ellos mismos de mantenerse alejados de la curiosidad de los demás.

—¡Debe ser apasionante! Y, con toda franqueza, me gustaría mucho asistir a alguna de esas ceremonias.

Pierre pensó en los «espectáculos» que las gentes de la tribu de los

Fon organizaban para aquellos casos.

Sonrió.

—Dentro de un par de días —dijo—, cuando hayamos abandonado Porto-Novo, le llevaré a un lugar donde podrá usted saciar su curiosidad.

Los ojos de Adolf brillaron de entusiasmo.

—¡Magnífico!

—Señor Lebois…

Pierre se volvió hacia la mujer.

—¿Sí?

—¿Podría pedirle un favor?

—Si está a mi alcance, señora…

—Quisiera, esta noche, después de la cena, dar un paseo por los alrededores… con usted.

El francés no pudo evitar un ligero estremecimiento.

—Será un verdadero placer para mí, Frau Verlarker.

—Gracias.

* * *

Karl entró, tras empujar la puerta de la caja enorme, en una especie de cubículo de unos dos metros cuadrados. En cuanto hubo penetrado allí, se encendió una luz interior, lo que le permitió ver un letrero clavado en la pared.

«*Die Tur hinter sich zumachen*» (1)

(1) Debe cerrar la puerta cuando entre.

Hizo lo que el letrero decía, mirando luego frente a él. Una escalera metálica, pegada al muro, ascendía hacia el techo, situado a tres metros del suelo.

Agarrándose a la escalera, fue subiendo los escalones pausadamente.

Vio entonces que el muro terminaba, siendo sustituido por una pared de cristal trasparente. Al otro lado del cristal, una luz verdosa le permitió ver una especie de amplia cámara de paredes blancas. En el suelo, en el centro, había una mesa con una especie de gran urna, igualmente de cristal, en cuyo interior había el cuerpo desnudo de un hombre.

¡HANS VON VERLARKER!

Fresser sabía que su antiguo amo estaba allí, pero le impresionó de veras verlo de aquella guisa. Algo, en el aire de detrás del cristal, parecía ondular, y el germano coligió que se trataba del frío que

dispensaban los generadores frigoríficos de la cámara.

El cadáver del alemán estaba sometido a un proceso de hibernación.

¿Qué se proponía Frau Verlarker llevando el cuerpo de su esposo a tierras africanas?

El antiguo SS no lo sabía.

Aunque, después de todo, tampoco le interesaba ni menos aún le inquietaba. Conocía lo suficiente al doctor, como para saber que nunca consentiría que Hans volviera a ser el amo de la industria. Además, el amante de la señora…

Karl se estremeció.

El tremendo frío que debía reinar allí dentro atravesaba la pared de cristal.

Descendió por la escalera, y apenas había puesto el pie en el suelo del cubículo, cuando un mecanismo se puso en marcha, haciendo que la puerta se abriera silenciosa y lentamente.

Fressen abandonó la gran caja.

* * *

El Land Rover había dejado atrás las últimas casas de Porto-Novo, internándose por un amplio camino que bordeaban cultivos de algodón.

La noche era pálida, lo que justificaba plenamente el ligero vestido que Hilda llevaba puesto: una larga falda de color malva, zapatos del mismo color y de tacones altos, y una blusa blanca que se ceñía mansamente a las rebeldes protuberancias que emergían de su pecho.

Llevaba el pelo suelto, y la ligera brisa que desde detrás llegaba del mar abría abanicos sedosos en su brillante cabellera.

No habían pronunciado ni una sola palabra, y sólo cuando el vehículo se vio envuelto por la intensa negrura de la noche africana, ella se volvió hacia Pierre, al tiempo que sus labios se entreabrían con una ligera sonrisa.

—Es usted un hombre muy atractivo, monsieur.

Cogido de sopetón, Pierre no pudo evitar que una risa escapara de sus labios.

—Estoy hablando en serio —dijo ella con el ceño fruncido—. Cuando le vi, en mi casa de Bonn, vestido como un hombre cualquiera, no me causó usted gran impresión.

—¿Ahora sí? —inquirió el francés con aire divertido.

—Sí… —dijo ella con voz ronca—. No es usted el mismo que vi en mi casa. Aquí está usted en su ambiente; se nota que respira con

libertad, que ama usted a este país, a este continente.

—Es cierto.

—Y es esa clase de amor, puro, limpio, desinteresado, lo que hace de usted un hombre atractivo. Cuando se vive en Europa, y se conoce el fondo sórdido que todo amor oculta, el conocer a alguien como usted es como una bocanada de aire que vivifica.

—Me hará usted enrojecer…

—¿Qué sabe usted de todo eso? —prosiguió ella sin hacer caso de la burlona observación del explorador—. Y si algún día lo supo, seguro que ya lo ha olvidado.

—Es verdad.

—Para usted, Europa debe ser algo así como una vida anterior, en la que uno no puede llegar a creer del todo. ¿Lleva mucho tiempo en África?

—Mucho. Llegué aquí a los 17 años.

—Entonces, pertenece usted por completo a este mundo.

—Puede que sea cierto.

Pierre había detenido el Land Rover, y ella encendió un cigarrillo; la luz del encendedor sacó de la sombra la belleza de aquel rostro, y los grandes ojos azules de Hilda miraron con fijeza a su acompañante.

—Mañana le haré un cheque por la totalidad de la cantidad que usted señaló para el safari.

—No corre prisa.

—No es eso, amigo mío. Quiero pagarle todo… porque es muy posible que usted… nos abandone antes de iniciar el viaje.

Lebois frunció el ceño.

—¿Qué quiere usted decir?

Ella fumó unos instantes, mirando hacia el parabrisas, sin contestar.

Luego:

—Lo que quiero decir —repuso—, es que todo depende de su reacción cuando escuche lo que tengo que contarle. Pero… si su respuesta fuera negativa y nos viésemos obligados a contratar a otro explorador, quiero que me dé su palabra de honor que olvidará todo lo que voy a decir.

—Tiene usted mi palabra.

—«*Danke*». Gracias. Lo primero que tengo que decirle es que, lo crea o no, he sido una desdichada en mi matrimonio. Hans era un hombre muy especial, vertido por completo en sus negocios, que jamás hizo

demasiado caso de mí.

—Lo siento.

—Abandonada a mí misma, sólo aprendí al lado de mi esposo todo lo que puede procurar el ser inmensamente rica. Yo nací en Colonia y soy de una familia de la clase media, no demasiado brillante.

Se pasó la mano por los cabellos, jugueteando con los brillantes hilos dorados.

—Nunca pensé casarme para conseguir una posición como la que más tarde alcancé. Cuando conocí a Hans, mi futuro marido era sencillamente un industrial mediano; luego llegó el «boom» de su industria, que empezó a crecer de forma desmesurada.

—Entiendo.

—Ahora… —sonrió Hilda—, ya es demasiado tarde para retroceder. Estoy afectada por esa enfermedad que se llama codicia. Palidezco ante la posibilidad de que me falte todo lo que deseo.

—Pero… ¿no es usted muy rica?

Ella se volvió hacia él, mirándole con fijeza.

—No es oro todo lo que reluce, amigo mío. Desde hace tres años, la competencia se ha hecho imposible, y hay una media docena de industrias como la nuestra que, pilotadas por hombres más activos que Hans, no olvide que ha estado muy enfermo, han invadido y conquistado mercados que antes nos pertenecían por completo.

—Ya veo.

—Todo eso quiere decir que nuestra situación económica es mucho menos boyante de lo que aparenta realmente. Si tuviera que ser más precisa, diría que estamos al borde de la ruina.

—¿De veras?

—Sí. Pero hay algo que no sólo puede sacarnos de ese atolladero, sino devolvemos, con creces, la primacía de que gozábamos antes. Y, en gran parte, esa recuperación puede depender de usted.

—¿De mí?

—Sí.

—No entiendo.

—Va a comprenderlo en seguida: uno de nuestros investigadores químicos, cuyo nombre no importa ahora, consiguió descubrir la fórmula de un producto único, verdaderamente revolucionario, capaz de convertimos en la primera industria mundial.

—¡Caramba!

—Ese investigador, naturalmente, entregó las fórmulas a mi esposo; pero, desdichadamente, el químico murió unos cuantos días después.

Hizo una pausa, lanzando la colilla hacia el exterior. El punto ígneo describió una curiosa parábola antes de desaparecer.

—Ignoro dónde pudo esconder mi marido esas fórmulas.

—¿Cómo? ¿No las tenía en alguna caja fuerte?

—Allí es donde normalmente debería haberlas guardado…, pero no lo hizo.

—Es un problema…

—…Que puede resolverse, si usted está dispuesto a ayudarme.

—La verdad es que no sé cómo.

Ella frunció el ceño.

—No nos andemos por las ramas, señor Lebois. Usted es lo suficientemente inteligente como para haber deducido, de lo que acabo de contarle, cuál es el verdadero motivo de este safari: QUIERO QUE HANS ME DIGA DÓNDE ESCONDIÓ LAS FÓRMULAS.

Fierre se pasó la lengua por los labios, bruscamente resecos.

—Pero… ¡eso es imposible!

—No. Y usted sabe que no estoy fantaseando. Estoy hablando de ciertos ritos que pueden devolver la vida a un muerto, aunque sea de forma transitoria.

—¿Un zombi?

—Eso es. Nadie en el mundo, excepto ciertas tribus que practican el vudú, sería capaz de conseguir algo así.

—Si debo hablarle con franqueza, «Frau Verlarker», nunca he creído en esas patrañas.

—Está usted equivocado. Antes de venir aquí, Hans y yo nos informamos a fondo, y voy a sorprenderle: sabemos que los dendi y los sombas han conseguido «zombies». Más aún, hay un hombre, llamado Nankoo, que podría abrimos las puertas del «santuario» donde se llevan a cabo esa clase de ceremonias.

—Está usted mucho más informada que yo.

—En principio, sí. He gastado mucho dinero, antes de llamarle a usted, para saber si el viaje a Dahomey merecía verdaderamente la pena. Tenía que estar segura de que los gastos de este safari iban a producir resultados positivos.

Pierre la miró con fijeza.

—Pero, si todo eso fuera cierto… los sacerdotes vudús necesitarían

el…

—¿El cadáver de mi esposo?

—Eso es.

—Hans llegará en el momento oportuno.

Lebois no pudo evitar un estremecimiento.

—Nadie mejor que usted —dijo la mujer—, puede conducirnos hasta la aldea donde se encuentra ese Nankoo…

—¿Conoce el nombre de la aldea?

—Sí. Se llamaba O'Wamba.

—He pasado un par de veces por allí.

Hubo un silencio, largo, penoso, casi cósmico.

Después, la mano de Hilda se pasó en el antebrazo del hombre.

—Espero su respuesta…

Pierre movió la cabeza.

—No sé… con toda franqueza, no sé lo que hacer; pero, respecto al dinero, sólo tomaré lo que he gastado hasta ahora.

—¡Deje aparte el dinero! —exclamó la germana—. Creí que me había entendido usted desde el principio, cuando le hablé de su atractivo.

—Yo…

—Usted me desea, Pierre. Me desea desde la primera vez que me vio en Bonn. Y lo curioso es que yo también me siento atraída por usted. No, no vaya a pensar que intento inclinar la balanza a mi favor. Ni siquiera quiero que me conteste ahora… lo hará mañana por la mañana.

—¿Por qué mañana?

—Porque deseo que, antes, me conozca usted…

—Sigo sin entender.

Ella sonrió.

—Volvamos al hotel, Pierre —dijo volviendo a llamarle por su nombre—. Después de que haya aparcado el Land Rover, venga a mi habitación… es la 222… allí le estaré esperando.

CAPITULO V

—DAHOMEY —explicó Pierre a Adolf Münter, que iba sentado a su lado en el jeep que abría la marcha—, está dividido actualmente en seis distritos. El que estamos atravesando ahora en el «Atlántico», y dejemos a ambos lados de este pasillo los distritos «Mono» y «Quemé», que también son costeros.

—¿Qué encontraremos más adelante?

—El distrito «Zou», que ocupa en su casi totalidad una gran zona de sabana. Muchos son los turistas que no pasan de allí, ya que la fauna es abundante.

—Pero… —dijo el germano mirando de reojo a su acompañante—, nosotros vamos más allá, ¿verdad?

—Sí. Primero atravesaremos la selva de Parakú, atravesaremos más tarde la gran sabana de Berubuay y, tras pasar por otra zona de jungla, llegaremos finalmente al distrito de Atakora: es decir, a la parte más alejada de la costa, no lejos de la frontera del Alto Volta.

—¿Es allí donde viven los denti y los somba?

—Sí, desde luego…, pero es muy probable que tengamos que ir más allá, al otro lado del río Pendiari, una zona en la que casi nunca se aventuran los blancos o donde tampoco van los safaris.

«Pero tú tienes que ir, Pierre —se dijo el francés—. Tienes que ir porque se lo has prometido a ella. Y por esa mujer, digas lo que digas o pienses lo que pienses, irías hasta el centro del mismísimo infierno…»

Había sido sencillamente maravilloso.

Fue como un baño de aguas cristalinas, tras haberse arrastrado por el lodo. La emotividad del explorador recibió un premio que ni siquiera había podido concebir. Como todos los hombres que han vivido largos años en África, Lebois había conocido algunas aventuras galantes sin mayor importancia, como también, empujado por la soledad, la desesperación y el alcohol, había llevado a su campamento a algunas

indígenas.

Pero todo aquello le parecía ahora tan lejano como sus primeros años de vida; eran recuerdos molestos, irritantes, de los que los brazos de Hilda le habían sacado como de un pozo infecto.

¿Qué podía saber aquel estúpido teutón que iba sentado a su lado?

Naturalmente, la presencia alemana no había mencionado en ningún instante el que Adolf fuera su amante, y Pierre estaba plenamente convencido de que el «Doktor» no era más que un amigo del difunto Hans, al mismo tiempo que el nuevo director de la industria creada por Von Verlarker.

Al atardecer, el safari había alcanzado la frontera donde empezaba la región habitada por los bariba, y tras elegir un sitio adecuado, junto a un curso de agua y con bastante arboleda, el explorador ordenó a los negros que montasen las tiendas del campamento.

Delante de la más grande de ellas, los servidores indígenas instalaron sillas y mesa, a cuyo alrededor se sentaron los dos alemanes, mientras que Obulo, el cocinero negro que Pierre había contratado para el safari, preparaba una suculenta cena.

Un ayudante de Obulo sirvió el aperitivo.

Hilda llevaba uno de sus trajes de «exploradora» que le sentaba a las mil maravillas. Jugando perfectamente su papel, apenas si miró al francés, dedicando toda su atención al doctor, y el bueno de Pierre se congratuló de la «diplomacia» de Hilda, sabiendo que aquella noche, como todas las que seguirían, tendría acceso al lujoso vehículo en que ella viajaba.

—A partir de mañana —dijo Lebois interrumpiendo una larga y aburrida frase de Miinter—, viajará usted en el Land Rover conducido por el pigmeo.

—¡Oh! —lanzó Hilda de repente—. Me pregunto, monsieur Lebois, cómo puede usted vivir junto a ese deforme criado.

—Es un asunto puramente sentimental —sonrió el explorador.

Ella torció el gesto.

—Desde que le vi, por vez primera, en Porto-Novo —dijo la mujer—, experimenté una sensación desagradable.

—¿Por qué?

—No podría decirlo. Hace algún tiempo, proyectamos en casa una vieja película… Habíamos instalado el cine en la habitación del pobre Hans para que se distrajese un poco. ¿Lo recuerda usted, Adolf? Creo que usted estaba con nosotros aquella tarde.

—Sí. Si no me equivoco, la película en cuestión era Quo Vadis?, ¿no?

—En efecto. Hay una escena en que las amazonas pelean en el circo Máximo con unos pigmeos, y una de aquellas hermosas y salvajes mujeres clava su espada en un enano y le levanta por encima de su cabeza… Mein Gott! ¡Todavía recuerdo cómo el enano negro se retorcía como una lombriz, atravesado de parte a parte por la espada de la amazona!

Y haciendo una mueca:

—¡Verdaderamente repugnante!

—También hubo amazonas en este país —explicó Pierre—, y sus descendientes existen aún.

—¿De veras?

—Sí. Son las sacerdotisas «vudús». Se les llama corrientemente «esposas del vudú» o, en la lengua local, vodunsi. Durante la ceremonia de consagración, según se dice, entran en trance y se convierten en posesas de algunas de las divinidades.

—Es muy interesante —intervino Adolf—. Me gustaría ver a esas sacerdotisas.

—Es bastante difícil, pero no imposible —dijo Lebois—, aunque, corrientemente, lo que los negros muestran a los turistas son ritos tan falsos como falsas con las vodunsi.

—Y… ¿no podremos ver una de esas ceremonias de verdad?

—No puedo prometerles nada…

Se puso en pie.

—Perdone. Tengo que montar el servicio de vigilancia en el campamento.

—¿Es que corremos peligro de ser atacados? —inquirió el doctor.

—No por hombres —dijo Pierre—, ni tampoco por grandes depredadores, que encontraremos medio centenar de kilómetros más hacia el noroeste; pero aquí, un poco más adelante, donde empieza la sabana, abundan los licaones.

—¿Licaones?

—Son una especie de perros salvajes, cobardes como todos los carroñeros, pero que se atreven de vez en cuando con alguna presa fácil, un viejo búfalo por ejemplo. Lo persiguen, saltando sobre él, arrancándole la carne a tajadas… en una palabra, se lo comen vivo.

—¡Qué horror! —exclamó Hilda.

—¿Y cree usted que se atreverían a atacar a un hombre?

—Si va convenientemente armado, no. Aquí no existe más peligro que, atraídos por el olor a comida, penetren en el campamento y nos destrocen todo.

—Procuraré cerrar la puerta de mi coche —dijo la mujer.

Lebois le dirigió una mirada angustiada, pero ella le guiño el ojo.

—Vuelvo en seguida —sonrió el francés, alejándose.

Por un momento, había temido que…

Sonrió. Estaba tan preso en los brazos de aquella mujer, que nada más tenía importancia para él. La necesitaba tanto o más que el oxígeno que respiraba, y era tal la atracción que sobre él ejercía Hilda, que ahora, cuando reflexionaba acerca de lo que ella y el otro habían venido a hacer a África, lo encontraba absolutamente normal.

Incluso, cuando pensaba en Hans von Verlarker, sentía odio hacia aquel desconocido, como si le echase en cara no haber entregado las fórmulas a su mujer, colocándola al borde de la ruina.

Pero, al mismo tiempo —en una de esas contradicciones que ningún enamorado puede explicar—, daba gracias al cielo de la tozudez del fallecido industrial, ya que sin su «asquerosa maniobra», nunca la hubiese conocido.

Montó el turno de guardias y cuando regresaba, camino de la tienda en la que la cena iba a ser servida de un momento a otro, una mancha roja brotó de la oscuridad.

—¡Hombre-Montaña!

Sin saber exactamente por qué, Pierre se sintió irritado ante la presencia del pigmeo.

—¿Qué quieres, Ahil?

—Querer hablar con ti.

—¡Bueno! Pero date prisa. Voy a cenar.

—Tú estar en d’gnakar, como leona…

Pierre le fulminó con la mirada.

—¿Estás loco, Ahil? ¿Te das cuenta de que me estás ofendiendo? ¡Déjame en paz!

Y echó a andar, furioso, alejándose del pigmeo.

—¡El muy cretino! —dijo en voz baja.

Pero ¿acaso no había dicho Ahil la verdad? Cuando la leona está en celo, como todos los felinos, se sienta en el suelo y se arrastra frotándose la vulva. En Europa, para determinar algo semejante,

referido siempre a la mujer, se suele decir que está «salida como una perra», pero es cien veces más expresivo calificar, como lo hacen los pigmeos, la impaciente espera del macho por parte de la leona en celo.

Lo verdaderamente insoportable para Lebois, era que Ahil le hubiese aplicado la palabra d'gna/car, con lo que quería indicar que el animal en celo era «él», la bestia ansiosa, arrastrándose por el suelo en espera de la llegada del placer.

Escupió en el suelo, lleno de cólera hacia el pigmeo, pero sintiendo en su fuero interno que, por mucho que le doliera, Ahil tenía razón.

No se le pasó el mal humor hasta que, una hora después de la cena, cuando Adolf Münter y su acompañante se fueron a dormir, el doctor lo hacía en la tienda, pudo Pierre penetrar silenciosamente en el vehículo donde viajaba Hilda.

Entonces se olvidó de todo.

Incluso de las prudentes y sabias palabras del pigmeo.

* * *

—¡Atención!

Al lado de Pierre, Adolf, que estaba filmando, se puso muy pálido. Surgiendo de la doble pareja de rinocerontes, uno de los machos, bajando la cabeza, entornando sus ojos miopes, se lanzó en veloz carrera hacia los vehículos del convoy.

El grito de advertencia de Lebois iba únicamente dirigido al negro que conducía el único jeep del convoy, ya que era aquella clase de vehículo la más débil ante la arremetida del enorme animal.

Todos los demás coche llevaban alrededor de las carrocerías viejos neumáticos como los que muchos barcos colocan en sus cascos para evitar los choques con los muelles.

De una rápida ojeada, el explorador estudió la situación: por un lado, el otro macho, seguramente más viejo y experimentado, permanecía al lado de las hembras… o quizá lo hiciese para protegerlas.

El animal atacante se había dirigido directamente al jeep, pero al ver la tremenda velocidad que adquiría el vehículo, frenó, lanzándose de nuevo contra el Land Rover de Pierre, que era el que seguía al jeep.

—¡Agárrese fuerte, doctor! —advirtió Lebois—. ¡Nos va a sacudir un poco!

Pierre se aferró al volante.

No estaba dispuesto, en modo alguno, a ofrecer uno de los flancos a la furiosa embestida del rinoceronte. Ningún jefe de safari cometería una torpeza semejante, ya que con el impulso adquirido por la bestia, el

vehículo podría ser volcado por el choque.

—Señor Lebois…

La voz de Adolf era débil y su rostro estaba muy pálido.

Lebois no le hizo el menor caso.

Seguía el tumultuoso avance del rinoceronte, y sin acelerar demasiado, esperaba, como un torero a pie firme, el momento de la embestida.

Cuando tal cosa iba a producirse, Pierre, con un golpe veloz de volante, hizo girar al Land Rover, ofreciendo al cuerno del animal la parte trasera.

El brutal empellón hizo que el pesado vehículo diese un brinco hacia adelante, aunque el francés lo dominó con suma facilidad. El rinoceronte, tras perseguir al Land Rover, se detuvo, girando en redondo.

Y fue entonces cuando las cosas se agravaron.

Porque el animal, a pesar de su miopía, vio el elegante vehículo que, como todos los que seguían a los dos primeros, se habían detenido.

Y por si fuera poco, se abrió la puerta del coche, por la que salió Hilda quien, seguramente sin haberse enterado de nada, tomó la parada como un nuevo descanso.

Desesperado, Pierre tocó el claxon con todas sus fuerzas, al tiempo que hacía girar al coche, acelerando al máximo el Land Rover, siguiendo al rinoceronte que ya cargaba contra el vehículo de la alemana.

El conductor del coche de Hilda, que no había visto salir a la mujer blanca, lanzó el vehículo con la intención de escapar a la embestida de la bestia.

¡Y Hilda quedó sola ante el furibundo animal que se precipitaba directamente sobre ella!

Lanzando un sordo juramento, Lebois hundió el acelerador hasta el suelo, dispuesto a arremeter por detrás al rinoceronte, aunque corriese el riesgo de herirlo o hasta matarlo.

Sabía muy bien que si lo mataba, era más que posible que le quitasen la licencia de explorador por haber suprimido a uno de los animales que enriquecían la Reserva.

Pero no lo dudó un solo instante.

La sola idea de que Hilda muriese le era tan angustiosamente insoportable, que nada ni nadie podría impedirle que hiciese lo que fuera para salvarla.

A su lado, Münter gemía como una criatura asustada.

Hilda, en vez de quedarse inmóvil, lo que podría haber extrañado al rinoceronte, cuya mala vista apenas si le sirve para nada, sirviéndose del excelente oído que posee, echó a correr, gritando, desesperada y asustada, atrayendo aún más al animal.

Mientras dirigía el Land Rover al máximo de velocidad hacia el rinoceronte, sin perder de vista la delicada silueta de la mujer, Pierre tuvo el negro presentimiento de que jamás llegaría a tiempo.

No vio, tan absorto estaba, la mancha roja que, saliendo de otro de los Land Rover del convoy, cortaba en diagonal, buscando interponerse entre la mujer y la pesada bestia.

Cuando vio la mancha roja, ya era demasiado tarde.

—¡Nooo! —gritó con todas sus fuerzas.

Fue en aquel preciso instante cuando Ahil brincó como un gato salvaje sobre la baja cabeza del rinoceronte. El animal, sorprendido, hizo entrar en juego los poderosos músculos de su cuello macizo.

El pigmeo salió propulsado como por una gigantesca catapulta.

Cayó a unos doce metros delante de la bestia, que atraída por el vago reflejo rojo, volvió a embestir, haciéndolo con torpeza, pero aunque no consiguió hincar el cuerno en su presa, pasó sobre ella como una apisonadora.

El Land Rover llegaba justamente a su altura.

Mordiéndose los labios de rabia, con la mirada enloquecida, Pierre «embistió» con el parachoques del vehículo, golpeando con fuerza los cuartos traseros del rinoceronte, al que empujó con inusitada violencia.

Dolido, el animal huyó a toda velocidad para ir a reunirse con los otros.

Dando un frenazo en seco, Lebois saltó del Land Rover, corriendo hacia la mancha roja que yacía en el suelo.

Ahil no era ya nada comparable a una criatura humana; sobre el suelo arcilloso, no era más que una masa sanguinolenta e informe, sin rostro, ya que una de las pezuñas del rinoceronte le había aplastado la cabeza.

—¡Pierre!

Hilda, que había corrido hacia él, se le echó a los brazos, el cuerpo sacudido por histéricos sollozos.

—¿Estás bien? —inquirió el explorador, apretándola con fuerza.

—Si… ¡ha sido horrible!

Lebois la separó dulcemente de su vera.

—Vuelve al coche. Quiero enterrar personalmente a Ahil.

Lo hizo, mientras se sabía observado por los negros del safari.

Adolf había ido a reunirse con Hilda, en el vehículo de la alemana.

Lebois prefirió casi que así ocurriese.

Hubiera querido estar solo, mientras cavaba la tumba del fiel pigmeo. Y cuando terminó de cubrir con tierra los restos deshechos del pequeño negro, pensó en lo que Ahil le había dicho.

No se había equivocado al predecir que había leído, en el hermoso rostro de la mujer blanca, su «muerte violenta».

Su L'har.

Así eran las cosas en África: misteriosas, ocultas, incomprensibles para la «inteligente y despierta» mente del hombre blanco.

¿Qué podían saber los extranjeros de lo que se encierra en el alma milenaria del negro?

Pierre pensó en que apenas había empezado el safari, cuando ya se mostraban las leyes tenebrosas que reinaban en aquel país.

¡Y aquello no era más que el principio!

Suspiró, volviendo al Land Rover, al que subió, poniéndole inmediatamente en marcha. El jeep se colocó a la cabeza, y el convoy reanudó su camino hacia las lejanas tierras de los somba.

—¿Por qué lo has hecho, Ahil? Tú sabías lo que iba a ocurrir, y no amabas a la mujer blanca, a la que calificaste de bruja, de Mag'ba.

Era inútil intentar comprender lo ocurrido.

Y Lebois miró hacia las tierras por las que el convoy avanzaba, preguntándose si aquélla no iba a ser su última aventura.

Segunda Parte

EL ZOMBIE

«EL que regresa» no lo hace para siempre. Como afirmaba Nankoo, nadie, después de haber muerto, desearía regresar a la vida. Porque basta atravesar la brumosa frontera de la muerte, para darse cuenta de que lo que ha quedado atrás no merece la pena volver a ser vivido.

CAPITULO VI

EL negro permanecía silencioso. Los cuatro: Hilda, Münter, Lebois y el indígena estaban sentados en el suelo, sobre simples esterillas, en el interior de la choza.

Habían llegado aquella misma mañana a la aldea O'Wamba, aquella minúscula localidad de la que la alemana había hablado al explorador.

Y allí, exactamente, habían encontrado a Nankoo, el hechicero de la tribu, cuyos astutos ojos miraban a sus «huéspedes» blancos, a los que había ofrecido leche de cabra, leche fermentada y amarga como la hiel.

Hilda se volvió al explorador.

—Debería usted explicar lo que deseamos, monsieur.

Sorprendentemente, fue Nankoo quien contestó a la mujer.

—No ser necesario. Yo hablar francés un poco…

—Mucho mejor —dijo Pierre—. Mis clientes, la señora Verlarker y el señor Münter desean asistir a alguna ceremonia vudú.

Ni un solo músculo del rostro estólido del negro se movió, pero un brillo extraño se encendió en sus ojos estriados de sangre.

—No decir toda la verdad, Hombre-Explorador —dijo—. Hay algo más que sus clientes desear.

Cogido de improviso, Lebois no encontró más palabras para decir que un vago:

—¿Otra cosa?

El negro asintió con la cabeza.

—Sí. Vosotros querer «zombi».

Los tres blancos se miraron, sinceramente sorprendidos, pero Hilda, que fue la primera en recobrar su sangre fría:

—Me parece que es mejor así, ¿no es verdad, Pierre? Así podremos ir directamente al grano.

Lebois asintió con la cabeza, antes de mirar de nuevo al negro.

—¿Cree que es posible, Nankoo?

El indígena tardó un poco en contestar.

—Tener que encontrar a un bokonon.

—¿Qué es eso? —inquirió Hilda.

—Un «sacerdote» o «introductor» vudú —explicó Lebois—. La única persona capaz de realizar lo que deseamos. ¿No es así, Nankoo?

El negro asintió con la cabeza.

—Así ser —repuso—, pero no ser eso sólo. Todo depende, en principio, de los buenos deseos de Mahú…

—La Diosa-Tierra —tradujo el francés a sus clientes.

—…después… —prosiguió el indígena—, si Fa…

—El dios del futuro —dijo Pierre.

—…Si Fa acepta el o'kamba…

Lebois frunció el ceño.

—¿Sacrificio?

Nankoo sonrió por vez primera.

—No «sacrificio» —repuso—. «Intercambio».

Intervino Hilda, tan sonriente y materialista como siempre.

—¡Ya entiendo! —exclamó—. Eso del intercambio debe referirse al precio de la operación. Dígale que pagaremos lo que él diga.

Una sombra pasó sobre los ojos del negro, quien sin mirar a la mujer blanca y dirigiéndose siempre al explorador:

—Decir a mujer que el dios Fa no querer dinero.

—Entonces, ¿qué significa exactamente eso de «intercambio»? —inquirió Pierre.

—Sólo Fa saber y decir en su momento —fue la enigmática respuesta de Nankoo.

* * *

Hilda se había retirado a su «special-wagon». Antes de dejar la mesa, y aprovechándose de que Münter se había adormecido un poco, hizo un gesto de denegación con la cabeza, señalando al mismo tiempo al vehículo. Pierre captó inmediatamente el mensaje, comprendiendo que aquella noche ella no deseaba tenerle a su lado.

Nervioso y contrariado, ya solo con Adolf, Lebois encendió un cigarrillo, maldiciendo en su fuero interno lo versátil del carácter femenino, y su propia estupidez al haberse dejado atrapar por aquella mujer.

Sin darse apenas cuenta, recordó las palabras del buen pigmeo, y

tuvo que darle la razón, al haberle aplicado a él con tanta justeza la característica de la hembra de los felinos en celo.

Comprendió entonces, mientras Münter dormitaba a su lado, sentado en el sillón de mimbre, que todo aquel asunto que envolvía al singular safari, le entusiasmaba muchísimo menos que al principio.

Había —se dijo—, aceptado demasiado aprisa cosas que hubiera rechazado de plano en cualquier otra ocasión. Ningún cliente habría osado inmiscuirle en los asuntos religiosos o supersticiosos, eso era igual, de los africanos.

Y aunque, en el fondo, estaba plenamente convencido de que todo aquello era una «comedia», y que lo que deseaba Nankoo era impresionar a los blancos, mofándose de su credulidad, y vengándose en cierto modo de gente que se creía muy superior a los hombres de color, sentía una especie de creciente inquietud, cuyo origen habría sido incapaz de determinar.

—Perdón…, me había quedado traspuesto.

Lebois miró al alemán, que estaba desperezándose ante él.

—¿Y Hilda?

—Debe dormir ya.

—Yo he tenido un mal sueño —dijo Adolf—. Ese negro con el que hemos hablado esta tarde, me ha puesto un poquitín nervioso… He soñado que estaba en una ceremonia vudú, y que no había más que sangre en derredor mío.

—No hay que hacer demasiado caso a los sueños, herr Doktor. En cuanto a la ceremonia vudú a la que usted se refiere y en la que piensa, si es que tiene lugar, ninguno de nosotros tres podrá asistir a ella.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro de ello, señor Münter; aunque vuelvo a decirle que no creo ni una sola palabra de todas esas patrañas. La verdad es que me he dejado embarcar en un asunto que no tiene pies ni cabeza. Por otro lado, si las autoridades de Dahomey supieran lo que nos proponemos, ya nos habrían expulsado del país.

—No tienen por qué saberlo.

—Será mucho mejor para nosotros que no sepan nada.

Una luz de desprecio se encendió en los ojos del germano.

—Por lo que ha dicho usted, monsieur, se echaría atrás si pudiera…

—Eso es exactamente lo que he querido decir.

—¿Y por qué no lo hace? A estas alturas, no creo que necesitemos más sus servicios… sus servicios personales, quiero decir. Hemos

entrado en relaciones con Nankoo, quien va a solucionar nuestro problema. Por otra parte, Hans debe estar en camino, hacia esta aldea. Si desea verdaderamente dejarnos, no tiene más que coger un coche e irse. Desde luego, no le descontaremos, nada del precio total estipulado.

Una oleada de cólera hizo que el explorador se pusiera bruscamente en pie.

—Creo que tiene usted razón, señor Münter. Voy a regresar a Porto-Novo esta misma noche. Después de todo, lo único que he sacado de este desdichado safari, ha sido la muerte de un hombre al que estimaba de veras. Le ruego tenga la amabilidad de despedirme de frau Verlarker…

Y fue entonces, cuando se disponía a dar media vuelta, sin siquiera tender la mano al alemán, cuando un alarido espantoso llegó hasta ellos, procedente del «special-wagon».

—¡Hilda! —exclamaron los dos hombres al mismo tiempo.

Y echaron a correr a toda velocidad hacia el vehículo situado al final del campamento.

* * *

Karl Fresser conducía el poderoso camión. Todo se había desarrollado siguiendo las instrucciones que por escrito le había entregado frau Verlarker antes de salir de Alemania.

Siguiendo lo escrito en aquel papel, que el antiguo SS llevaba cuidadosamente doblado en el bolsillo del pecho de su sahariana, había visitado —durante la larga travesía— una vez cada 24 horas la caja especial, ubicada y estibada en la cala del buque. La nota decía que la visita debía limitarse a echar una ojeada al cuerpo, sin tocar nada, a menos que la luz, que debía ser siempre verde, cambiara, virando hacia el naranja, en cuyo caso, Karl debía tocar ciertos botones del panel de mando.

No había tenido que hacerlo.

Cuando el buque acostó un lugar solitario de la costa de Dahomey, Frasser hizo que descargaran la monumental caja, y cuando las grúas la hubieron posado en el suelo, despidió a la tripulación del buque, no haciendo nada hasta que el navío no se hubo perdido en el horizonte.

Leyó entonces las instrucciones, y ayudado por sus hombres, sacó del camión un ataúd. Camión que habían encontrado en aquel lugar sin nadie a bordo, lo que demostraba que frau Verlarker sabía hacer las cosas bien, y que había pagado a alguien para que dejase, sin más, el vehículo en aquella parte del país.

Cogieron el sarcófago del interior del vehículo. Tras haber abierto la gran caja, con la segunda llave que Karl llevaba, sacaron el cuerpo del hombre muerto, introduciéndole rápidamente en el ataúd, que volvieron a colocar en el interior del camión frigorífico.

Luego se pusieron en marcha.

El camión poseía una doble cabina, lo que permitió que los seis hombres fueran juntos. Además de las instrucciones que Hilda le había entregado, Fresser poseía un mapa que marcaba el camino a seguir hasta la lejana aldea de O'Wamba.

Como su ama le aconsejaba, Karl condujo durante la noche, de forma a pasar desapercibido, y dos días después, sin cruzarse en el camino más que con negros que trabajaban en los campos de algodón o en pequeñas huertas, gente que no vieron más que a la luz indecisa del amanecer, detuvieron el camión, no quedándoles más que una última etapa, de unos 30 kilómetros, para llegar a la aldea negra.

Pasaron el día bajo unos árboles frondosos, durmiendo tras haber comido y bebido en abundancia. Y fue entonces, al despertarse, cuando Karl, al igual que sus hombres, se sorprendieron al ver un cielo estrellado en una noche profundamente oscura.

—*Teufel*! ¡Diablo! —exclamó Frasser—. ¡Nos hemos quedado dormidos, muchachos! Tendré que darle gusto al acelerador… ¡Vamos! ¡Todos al camión!

Salieron de la floresta donde se habían tendido a dormir. El camión había desaparecido.

* * *

—¡Hilda!

Pierre adelantó al alemán, llegando el primero a la puerta del coche, de cuya empuñadura tiró con todas sus fuerzas.

—¡Abre! ¡Por favor!

Dos gritos más habían sonado, mientras los dos hombres corrían hacia el «special-wagon».

—¡Abre!

Tuvo que esperar unos segundos más, hasta oír descorrer el pestillo interior. Hilda llevaba una bata de interior color verde claro, pero fue la indecible expresión de espanto que se pintaba en su rostro, lo que más llamó la atención del explorador.

Seguido de cerca por Adolf, Pierre penetró en el interior del vehículo. Una rápida ojeada le demostró que las ventanas seguían tan herméticamente cerradas como de costumbre, y que el aire

acondicionado estaba en marcha.

Hilda retrocedió, dejándose caer en el borde del lecho. Con un suspiro, Adolf, que debía seguir cansado, se dejó caer en una butaca.

Pierre permaneció en pie.

—¿Qué ha pasado? —inquirió al cabo de unos instantes.

Hilda le miraba, con los ojos desmesuradamente abiertos; finalmente, un sollozo sacudió su cuerpo, al tiempo que las primeras lágrimas brotaban mansamente de sus ojos.

—Hans… —balbució.

—¿Eh? —exclamó Adolf incorporándose a medias de su asiento.

—Hans —repitió la mujer, secándose las lágrimas con el borde de la amplia manga de la bata—. Estaba ahí…

—¿Dónde?

—En la ventana.

—¿En qué ventana?

—En aquélla —dijo ella alargando el brazo.

Sin una palabra, Lebois se acercó a la ventana y pegando el rostro al cristal irrompible, miró al exterior, sin lograr ver absolutamente nada.

Mientras, tras él, los otros dos seguían hablando.

—Ha debido ser una pesadilla, Hilda querida.

—¡No! Ni siquiera estaba dormida. Pensaba en todo lo que nos ha dicho ese negro… luego, abrí un libro, pero no pude leer. Y, de repente, alcé el rostro… y vi la cara de Hans, pegada al cristal de la ventana, mirándome y sonriéndose.

—Alucinaciones.

—¿Usted tampoco lo cree, monsieur?

Pierre se volvió hacia ella.

—Permítanme —dijo—. Voy a echar una ojeada por fuera del vehículo.

Salió, dando la vuelta al «special-wagon», hasta llegar al pie de la ventana. No estaba muy alta y, sin acercarse demasiado, pudo ver el rostro de Adolf que seguía hablando animadamente con la mujer.

Descolgando la linterna del cinturón, paseó el cono luminoso por el suelo, que estaba lleno de huellas. Huellas de pies descalzos, lo que hacía pensar que algún curioso se había acercado al vehículo. De todos modos, Pierre plantó una rodilla en tierra, examinando desde más cerca las huellas de los pies descalzos. Fue entonces cuando notó la anormalidad en el izquierdo y, rascándose pensativamente la oreja, se

puso en pie.

Momentos después penetraba de nuevo en el vehículo.

—¿Podría preguntarle algo, frau Verlarker?

—Diga.

—¿Tenía su esposo algún defecto en los pies?

—¿Defectos? Ninguno, que yo recuerde… es decir, sí. De niño, metió el pie izquierdo en el fuego, jugando con otros muchachos, y tuvieron que amputarle el dedo pequeño… ¿Por qué lo pregunta usted?

—Hay huellas de pies descalzos bajo la ventana —repuso el explorador—, y falta el dedo pequeño en el pie izquierdo.

Hilda lanzó un grito estridente, al tiempo que se llevaba las manos a la boca.

—¡ES ÉL! —aulló.

CAPITULO VII

EL negro que iba tocando aquel extraño instrumento, una especie de corta flauta, era un dendi, y había permanecido seis años en el «santuario» de Ikar, junto a la frontera con el Alto Volta. Allí, los bokunon de grado superior, los grandes maestros del vudú, le habían brindado la ocasión de escoger una nueva personalidad, como hacían con todos los novicios.

Y Wandoo, que así se llamaba el negro de la flauta, había escogido como nueva personalidad la de Ulmatoa, lo que venía a significar, aproximadamente, «amigo de los espíritus de los animales».

Seis años de grandes pruebas, desprendiéndose de su personalidad anterior para llegar a convivir con las fieras de la sabana, comprender el lenguaje de cada especie, adueñándose poco a poco de los espíritus inferiores que, según el vudú, habitan por designio de Mahú la Diosa-Tierra, en todos aquellos que no son d'man; es decir, seres humanos.

Mientras se movía con firme seguridad en medio de las tinieblas de la noche, Wandoo veía, de vez en cuando, el brillo intenso de los ojos de sus amigos, los licaones.

De toda la variada fauna de la sabana, el negro había sentido una especie de influjo hacia los «perros de la estepa». Ahora sabía que correteaban a ambos lados de su camino, obedientes y sumisos como siempre, dominados por aquella fuerza que Wandoo había tardado seis largos años en poseer.

Se alegró de la confianza que Nankoo, el gran bokono, había depositado en él, y al recordar las palabras del vudú, se sentía inmensamente feliz.

«Seis hombres blancos han profanado, con su presencia, el "retomo de un zombi" que ya está regresando a la vida. Sus espíritus groseros y vulgares están dañando mucho "al que regresa". He enviado a uno de los nuestros para que conduzca el camión que trae a ese "espíritu en

marcha” a la aldea de O’Wamba. Quiero que te encargues de esos seis hombres blancos.»

Y eso es lo que estaba haciendo.

«No hay mejor medicina —pensó mientras seguía tocando— para castigar a los blancos que la furia de los espíritus inferiores. Antes de que ellos llegasen aquí, ni un solo negro era devorado por los animales, a no ser que así lo desease la Diosa-Tierra… como castigo por alguna grave falta cometida… Y así sigue siendo.

»Pero, ¿cuántos blancos no han caído en las garras de Simba, el león y de todas las demás bestias de la sabana o de la selva? Ellos no comprendieron jamás que todas aquellas muertes eran el símbolo de la venganza de nuestros pueblos, gracias a los espíritus inferiores…»

Sin dejar de tocar, esbozó una sonrisa.

Ahora los veía mejor. Los ojos brillaban, por pares, y había tantos, que el dendi se sintió orgulloso de haber conseguido agrupar a tanto licaones.

«Por lo menos hay treinta…», pensó complacido.

Treinta hermosos licaones, un animal del tamaño de un perro mediano, con grandes, con grandes orejas y cuerpo esbelto. «El hombre blanco —pensó Wandoo—, ha despreciado siempre a los licaones, como a las hienas, a los buitres, a los cuervos y a la quebrantahuesos… porque todos ellos son carroñeros; pero, ¿es que el orgulloso hombre blanco es algo más que carroña?»

Los licaones son, en efecto, carroñeros, pero cuando se convierten en depredadores, cuando el hombre les acucia y les lanza sobre presas vivas, son mil veces más terribles que los leones, los leopardos o los guepardos.

Los felinos matan de un zarpazo o rompen la columna vertebral de una certera dentellada. La muerte de la víctima es casi instantánea. Con los licaones es muy distinto: corren tras su presa sobre la que van saltando, arrancándoles un pedazo de carne a cada dentellada. El licaón no sabe morder sin arrancar, y puede decirse que va comiéndose a su presa… ¡viva!

Wandoo anduvo pacientemente toda la noche.

Venía de lejos, de lo alto de las tierras de los dendi, y antes de llegar a la sabana, donde encontró a sus queridos licaones, hubo de atravesar las tierras de los somba, dejando atrás una pequeña aldea que se llamaba O’Wamba.

Más adelante, un poco antes de amanecer, vio, de lejos, un gran

camión que se dirigía hacia el noroeste. Tampoco se interesó el dendi. Porque aunque era bokono del vudú, su grado y su especialidad no le permitían tener relaciones con las actividades de los «zombies».

Todavía no había salido el sol, pero la tierra estaba ya inundada de luz. Flotaba, a ras del suelo, una densa neblina matutina que se enroscaba caprichosamente alrededor de los troncos de los pocos arbustos que poblaban la sabana.

Ahora, Wandoo podía ver perfectamente a los licaones que le rodeaban, con las orejas enhiestas, siguiendo atentamente las notas que brotaban del instrumento del negro.

Poco después, tras ascender a un pequeño montículo, el dendi pudo ver, allá abajo, junto a un grupo de árboles, a los hombres blancos que discutían entre ellos.

Los sonidos que la extraña flauta emitía cambiaron bruscamente de tono; una serie de silbidos agudos hicieron que los licaones, tras un instante de inmovilidad absoluta, se lanzaran, en veloz carrera, cuesta abajo.

La Muerte iba con ellos.

Y cuando media hora más tarde, regresaron junto a Wandoo, sus fauces estaban tintas en sangre y allá abajo, junto a los árboles, no quedaban más que los restos de un grupo de estúpidos blancos que habían osado desafiar el poderoso poder del vudú.

* * *

Todavía con las manos en el rostro y los ojos desorbitados por el horror, Hilda miró a los dos hombres. Münter, al que también se veía muy nervioso, se volvió entonces hacia el explorador.

—¿Quiere usted prestarme su linterna, señor Lebois? Desearía echar una ojeada a esas huellas.

—Tenga.

Salió el «Doktor», y Hilda bajó las manos, permaneciendo inmóvil, como abstraída, con la mirada perdida en una lejanía imposible.

Pierre la miró con un gesto severo en el rostro.

—Creo, frau Verlarker —dijo, olvidando la intimidad de trato que el estar solos podía permitirle—, que debería usted dar por terminada esta loca aventura.

La alemana salió de su ensimismamiento, mirando largamente al francés, pero sin pronunciar una sola palabra.

No fue difícil para Lebois leer en el rostro de Hilda la tremenda lucha que debía desarrollarse en su cerebro; un implacable combate

entre la codicia y el miedo, pensando por una parte en la inmensa fortuna que le proporcionarían las fórmulas que su marido había ocultado, y por otra las imprevisibles consecuencias que podían derivar de devolver la vida a una persona muerta.

Adolf penetró en el «special-wagon», devolviendo la linterna al explorador.

Luego, mirando a la mujer:

—No hay duda alguna, Hilda —dijo con voz sorda—. Son las huellas de los pies de Hans.

—Himmel! ¡Cielos! —exclamó la mujer—. ¡No puedo más, Adolf! Debemos irnos de aquí cuanto antes.

—Pienso lo mismo.

—Tú no puedes imaginarte la mirada de odio que «él» me dirigió desde el otro lado de la ventana. Estoy segura de que «él» sabe…

—¡Calla! —rugió Münter.

Y volviéndose a Pierre:

—Le ruego, señor Lebois, que haga el favor de organizar la marcha ahora mismo. Vamos a regresar a Porto-Novo.

—Muy bien. Voy a avisar a los negros. Nos pondremos en marcha dentro de veinte minutos.

—Gracias.

Pierre abandonó el vehículo, dirigiéndose hacia el campamento de los portadores indígenas. También estaba contento de que toda aquella locura terminase.

Por otra parte, lleno el corazón de amargo arrepentimiento, maldecía el instante en que se había dejado arrastrar por aquella necia pasión que experimentó por la germana.

Se percataba ahora de que no había, en todo aquello, el menor ápice de amor, sino un deseo «impuesto», algo que había hecho de él, como afirmó Ahil, una pobre bestia en celo…

Estaba contento de regresar a Porto-Novo; y más aún: ansiaba que llegara el momento de despedirse de los dos alemanes, los más indeseables clientes que jamás había tenido.

¡Qué estupidez la suya!

Se había dejado embaucar por la belleza de una mujer ambiciosa, sin entrañas, y ahora comprendía las sensatas palabras de su buen amigo el pigmeo, al haber calificado a Hilda como una bruja.

Llegó al campamento de los porteadores negros.

No había nadie.

No le extrañó sobremanera encontrar vacío el campamento. Era más que seguro que los negros estuviesen en la aldea, compartiendo con los dendis alguna que otra botella de whisky que el cocinero reservaba para brindar con sus paisanos.

Cuando terminó de recorrer, choza por choza, el poblado indígena, sin encontrar ni un solo habitante, empezó a sentirse intranquilo. Aquel pequeño pueblo vacío le produjo una vaga sensación de temor.

Sabía, por el mapa que había consultado a lo largo del viaje, que no había otra aldea en más de cincuenta kilómetros a la redonda.

Finalmente, encogiéndose de hombros:

—¡Es igual! —dijo—. Nos iremos en el «special-wagon». Ya habrá tiempo de recuperar los otros vehículos.

Regresó rápidamente al convoy, explicando claramente a sus clientes lo que había sucedido.

Los ojos de Hilda se abrieron de terror.

—Ha debido ser «él» quien les ha hecho huir —murmuró—. ¡Por lo que más quiera usted, señor Lebois! ¡Vayámonos ahora mismo!

—Sí, sí —intervino Münter cuya palidez no había abandonado su rostro—. ¡Salgamos cuanto antes de este maldito lugar!

Pierre asintió con la cabeza.

—Nos vamos ahora —dijo—. Yo conduciré este coche.

—Voy con usted en la cabina —dijo Mtinter—, pero espere un instante.

Se dirigió hacia uno de los armarios empotrados, abriéndolo para extraer de su interior un precioso rifle de repetición.

Lebois frunció el ceño.

—Usted sabe que está prohibido llevar armas de fuego en los safaris.

—Sí —sonrió el germano—. Pero, por si fuera preciso defendernos, mejor es tener en las manos un argumento como éste.

—Espero que no se le ocurra disparar contra ningún indígena, herr «Doktor». No estamos ya en la época del colonialismo.

—No pienso disparar contra ningún negro.

—¿Entonces?

No hizo falta que Adolf contestara; Lebois entendió perfectamente que el alemán guardaba aquellas balas para incrustarlas en el cuerpo… de un muerto.

* * *

Nankoo tendió el afilado cuchillo hacia el terso vientre de la perra que estaba atada ante él, en un poste clavado en el suelo.

Había oído los pasos de Pierre, cuando el explorador recorría la aldea; pero, naturalmente, el francés ignoraba que aquella choza poseía un sótano, mucho más amplio que lo que estaba encima de él.

La estancia subterránea estaba dividida en dos partes desiguales, y el vudú se encontraba en la más amplia. Frente a él, un sencillo muro de cañas separaba aquella parte de la otra, sumida en una oscuridad absoluta. El candil que colgaba del techo iluminaba parcamente el cuerpo de la perra, a la que Nankoo había dado un brebaje para que no sufriera durante el sacrificio.

Porque no era el dolor de la víctima lo que el vudú buscaba, sino la esencia del «olor de la vida», de la vida que se aleja para pasar su misteriosa energía a la «vida que regresa».

Desde que sus extraordinarios poderes habían detectado la presencia, junto a las costas de Dahomey, de un «no-muerto», Nankoo había sacrificado diez animales, enviando la energía de sus víctimas al ser blanco que «estaba pidiendo el regreso».

Antes de proceder al sacrificio, el vudú pensó unos instantes en el explorador, al que debía alejar de la escena cuanto antes. Y sonrió al pensar que, gracias a los poderes vudú, conseguiría convencer a Lebois de que no podía permanecer en la zona donde «el regreso a la vida» iba a llevarse a cabo.

Cuando clavó certeramente el cuchillo en el vientre de la perra, oyó un gemido procedente del otro lado de la pared de cañas, y comprendió lo bien que el «zombi» iba a sentirse al recibir nuevas energías, de la misma manera que le había proporcionado las necesarias para que apareciera detrás del cristal del gran coche de la mujer blanca.

Terminada la ceremonia del sacrificio, Nankoo se sentó en el suelo, cogiéndose la cabeza entre las manos. Cerró los ojos, mientras la presión de sus palmas aumentaba sobre la superficie brillante de sus sienes. La «recreación» era uno de los poderes que el bokonno poseía. Poco importaba, si lo hubiese sabido, que los blancos llamasen a aquello «alucinación telepática» o cualquier otra cosa de aquel género.

Porque, ¿qué sabe el hombre blanco del poderoso dominio que el vudú es capaz de ejercer sobre la mente de los hombres?

* * *

Por enésima vez, Pierre hizo girar la llave de contacto, sin obtener más que la reacción natural del starter.

—¡Nada! —suspiró contrariado—. Voy a echar una ojeada al motor.

La luz de la linterna no le mostró anomalía alguna en los cables ni en el deleo. A su lado, Münter, cuyos labios temblaban de cólera —o de miedo— gruñó:

—¡Esos puercos!

—No sé a quién se refiere usted, doctor —repuso Pierre—. Vamos a revisar los otros vehículos.

—¡Un momento!

—¿Qué pasa?

—No nos hemos fijado en la aguja del depósito de gasolina.

—Es cierto.

Volvieron a la cabina, comprobando que el depósito estaba casi lleno.

—¡No lo entiendo!

Pierre no dijo nada. Juntos fueron de vehículo en vehículo, pero ni los Land Rover ni el jeep reaccionaron al hacer girar la llave de contacto.

—¡Ha sido «él»! —exclamó Adolf cuyos dientes rechinaron.

—¡No diga tonterías! —se enfadó el explorador—. Deje de preocuparse por un simple cadáver. Lo cierto es que no podemos movernos de aquí.

—¿Qué cree que ha ocurrido?

—No lo sé, pero estoy seguro de que alguien «ha hurgado» en los motores. Y sé lo que vamos a hacer: usted, con esos nervios que tiene, no me es de utilidad alguna. Regrese al «special-wagon» y tranquilice, si puede, a Hilda. Yo voy a examinar a fondo uno de estos motores, el del jeep, por ejemplo. De todos los coches que poseemos, es el más rápido… y el que mejor nos iría para alejarnos lo más rápidamente de aquí.

—Tiene usted razón.

Una vez solo, Fierre se dirigió al jeep y tras alzar el capó, se dispuso, armado de paciencia y con la caja de herramientas al alcance de la mano, a revisar al fondo el motor, seguro de encontrar, antes de que se hiciera de día, el motivo de que no funcionara.

Estaba furioso por lo que entendía era una actitud agresiva de los negros dendis y, muy particularmente, del misterioso Nankoo. Y ahora, mientras empezaba a desmontar el carburador, se preguntó cómo diablos conocía Hilda la existencia de aquel negro, así como el nombre de la aldea donde, según ella, podrían devolver la vida al infortunado Von Verlarker.

Otra casa le había llamado la atención, cuando la alemana había pronunciado, sin terminar la frase, aquello de: «él debe saber», y que Münter había interrumpido con un «¡calla!»

¿Qué era lo que podía «saber el muerto»?

Sonrió.

—Te estás dejando llevar por la fantasía, Pierre —se dijo en voz baja—. Con todas estas cosas, estás perdiendo tu buen juicio y tu formidable lógica. ¡Convéncete de una vez para siempre, hombre! Desdichadamente cuando alguien muere-no regresa jamás.

Se estaba inclinando sobre el motor, cuando una voz, cuyo sonido le hizo estremecerse de pies a cabeza, sonó a sus espaldas.

—¡Hola, Hombre-Montaña!

Se volvió, como si le hubiera picado una víbora.

Y no pudo creer lo que veían sus ojos.

En la semipenumbra, más allá del cono luminoso que proyectaba la linterna, que Pierre había sujetado al capot, se erguía la minúscula silueta de Ahil, el pigmeo.

CAPITULO VIII

—¡Noooo!

Flaqueó su mente. Fue como si, de repente, las bases del mundo en el que había creído hasta entonces, su propio mundo, se viniesen ruidosamente abajo.

Durante unos instantes, con los ojos inmensamente abiertos, como los de un alucinado, mirando a Ahil, recordó los pedazos de carne que había enterrado en la sabana.

Luego, tras unos instantes de estupor, toda su cólera de hombre civilizado, todo el escepticismo que había ido acumulando a lo largo de su vida, se alzó furiosamente en su interior, negándose a admitir lo que estaba viendo, deseando demostrar a los absurdos poderes que le procuraban aquellas visiones que no estaba dispuesto a dejarse engañar por ellos.

Apoderándose de la llave inglesa que había dejado sobre el borde del capot, se lanzó sobre el pigmeo, dispuesto a volver a reducirlo a pedazos.

La llave inglesa no encontró más que el vacío. Y casi al mismo tiempo, la imagen de Ahil desapareció, esfumándose como por ensalmo.

—¡Maldito seas! —rugió el explorador.

Miró en derredor suyo, y volvió a apretar la llave, al ver una silueta que se acercaba a él.

—Tranquilo, señor Lebois.

Pierre vio avanzar, saliendo de la penumbra, a Nankoo; pero estaba tan furioso, que siguió apretando con fuerza la herramienta que empuñaba.

—Si se trata de otra estúpida broma… —dijo con tono amenazador.

El negro sonrió.

—Deje esa llave, monsieur. Si en vez de encontrarse en una tierra de

«negros ignorantes», hubiese usted estado en la butaca de un espectáculo europeo, no habría reaccionado como lo ha hecho, ¿verdad? Después de todo, lo que ha ocurrido es muy sencillo: ha sido usted sometido a una simple acción hipnótica.

—¡Debí suponerlo!

—La única diferencia, notable en verdad, entre el hipnotismo de los blancos, y lo que nosotros llamamos *ormund,* es que puede realizarse a distancia, sin necesidad de «pases» ni de mirar a los ojos del sujeto.

—Pero, ahora que me doy cuenta, usted está hablando el francés correctamente… y ayer, en la choza…

—Sí, lo hablaba en *petit négre* (1). Fue una astucia y le ruego que me perdone. Con la misma soltura que me expreso en su lengua, monsieur, habló en inglés y en alemán.

(1) Forma de hablar que ridiculiza la expresión de los negros, cuando se expresan en una lengua europea.

—¿Dónde aprendió usted todo eso?

—En Europa y en América, señor. Tengo 40 años, pero he pasado casi 20 lejos de mi tierra; estudié en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en Estados Unidos. Soy psicólogo y doctor en Teosofía y en Ciencias Ocultas.

Pierre iba de sorpresa en sorpresa. Miró al negro con un respeto que nunca le habría concedido antes.

—Si es como dice —replicó el francés—, no creerá en todas esas patrañas del vudú. ¡Ahora comprendo! Todo lo que ha ocurrido ha sido sugestión pura. La aparición del «muerto», lo de los coches…

—Lo de los coches, sí, señor Lebois. Puro ormund, hipnotismo a distancia. Usted estaba seguro de «hacer girar la llave de contacto», cuando en realidad no la movía. Y el señor Miinter, a su lado, creía lo mismo.

—Luego, los coches funcionan, ¿no?

—Perfectamente. Nadie ha tocado el motor de ninguno de ellos. Pero, amigo mío, NO FUNCIONARÁN, a menos que YO LO QUIERA.

—Y lo del muerto que apareció en la ventana… y las huellas fuera del «special-wagon». ¿También utilizó usted en esto esa clase de hipnotismo a distancia?

—No.

Pierre se había tranquilizado, ya que creía haber encontrado una «explicación lógica» a los acontecimientos. Dejó la llave sobre el capó.

Miró con fijeza al negro.

—Dígame una cosa, Nankoo; pero, por favor, contésteme sinceramente… ¿promete hacerlo?

—Sí.

—¿Qué es lo que se propone con todos estos… trucos?

Algo se encendió en los ojos del indígena.

—Yo no me propongo nada, monsieur. Yo no soy más que una parte minúscula del vudú, un sencillo bokonno, de una categoría superior, pero bokonno al fin. Y no ha sido el vudú quien ha iniciado este triste proceso, sino, como casi siempre, la desmedida ambición del hombre blanco, sus bajos instintos y su afán homicida.

—No le entiendo.

—Será sencillo que lo comprenda. Para empezar, debo decirle que yo estuve en Alemania, en Bonn, antes que usted.

—¿En casa de frau Verlarker?

—Sí, pero antes en Colonia, donde había un Congreso Internacional de Teosofía o, como ustedes los incrédulos la llaman: ciencia del espiritismo.

—Siga, por favor.

—En Colonia, conocí al «doktor» Münter; es decir, fue él, al acabar una de mis conferencias, quien vino a verme. Y me invitó a casa de la esposa de Hans von Verlarker. Hans había fallecido hacía solamente quince días.

Hizo una corta pausa.

—Hilda y él me dijeron, profundamente conmovidos, que deseaban volver a la vida a Hans. Les dije que tal cosa era completamente imposible, que nadie, absolutamente nadie, puede resucitar a un muerto.

—¡Eso sí que me gusta! —exclamó Pierre—. Ya veo que es usted un hombre juicioso, Nankoo…

—Me sorprendió el que me dijeran que, por el momento, tenían el cuerpo en estado de hibernación. En realidad, Adolf tuvo la intuición de encontrar a alguien, en el Congreso de Colonia, que practicase los ritos vudú. Y al oírle hablar de ese tema, aunque lo dice muy superficialmente, me llevó a Bonn.

—¿Usted vio el cadáver en Bonn?

—Sí. Y entonces comprendí QUE PODÍA DEVOLVERLE LA VIDA.

—¿Eh? Pero ¿no ha dicho usted hace un momento que no se puede resucitar a nadie?

Nankoo sonrió.

—Permítame que le pregunte algo, aunque ya adivino la respuesta… ¿Dónde cree que vamos al morir, señor Lebois?

—¡Debajo de la tierra! ¡A servir de pasto a los gusanos!

—Eso es cierto, en lo que respecta al cuerpo…, pero el espíritu no sigue ese mismo camino. Al morir, penetramos directamente en el mundo «Astral».

—¡Bobadas!

—Durante nuestro paso por el mundo astral —siguió diciendo el negro, pasando por alto la exclamación de su interlocutor—, permanecemos en contacto con el mundo de los vivos, y gracias a ese contacto, los vivos pueden comunicarse con los «astrales» por medio de las técnicas espiritistas. Pero el mundo «astral», amigo mío, es una especie de castigo, un «pequeño infierno», en el que sólo permanecen los que, por las más diversas causas, siguen «atados» a la vida. Los demás, atraviesan el mundo astral, ascendiendo a mundos superiores, el ádico y anupadádico, puramente espirituales y sin contacto con los vivos.

—¡Todo eso es un cuento para niños!

—Su escepticismo es lógico, señor Lebois. Pero, déjeme seguir, por favor. Es sencillo imaginar lo horroroso que debe ser para una persona que acaba de morir, mantenerse en contacto con sus parientes y amigos… comprobando, con espantoso dolor, todos los engaños, los olvidos y las traiciones de que es objeto desde el instante en que es enterrado. ¿Verdad que lo comprende?

—Sí —asintió Pierre—. Sería verdaderamente horrible… de ser verdad. Por fortuna, una vez muerto, nada de esto ocurre.

—Hay ciertos casos —siguió explicando el negro—, en que la mala acción de los vivos, no permite ni siquiera que el «difunto» llegue al plano astral, permaneciendo entonces «más abajo», en un plano que nosotros llamamos «algú» y que los occidentales denominan «subastral». Lo que ocurre —sonrió con benevolencia— es que los europeos creen que un «subastral» está tan muerto como los demás muertos, mientras que nosotros, los vudús, sabemos que ESO NO ES CIERTO.

—¡No diga!

—Así es, y esto sólo ocurre cuando una persona es asesinada vilmente por los que ama. Ese es el caso de Hans…

—¿Asesinado?

—Sí. Por una mujer, que le privó de los medicamentos sin los que no

podía vivir. Asesinado por su mujer y por su amante, Adolf, que fue su cómplice y el instigador del crimen.

—¿El «doktor» amante de Hilda? —inquirió Pierre que iba de sorpresa en sorpresa.

Pero el negro hizo, una vez más, caso omiso de los pensamientos del francés.

—Volviendo a lo que estábamos diciendo —siguió diciendo Nankoo —, Hans se encontraba en el plano SUBASTRAL, lo que quiere decir que NO ESTABA MUERTO DEL TODO.

—Pero ¡eso es absurdo!

El «bokonno» esbozó una sonrisa.

—Ni todos vivimos igual —sentenció— ni todos morimos igual. Aquellos que están estrechamente atados a la vida, los materialistas, los lujuriosos, los avaros… no pueden despegarse así como así de los bienes o los placeres que la vida les proporciona. Por eso son castigados a estar largo tiempo en el mundo astral…

—Una especie de «pequeño infierno», ¿no?

—Más que eso. Porque asisten, llenos de rabia, al espectáculo de sus tesoros repartidos y malgastados, de sus amantes que les traicionan cuando aún su cuerpo mortal está tibio… Ninguno de estos desdichados podría gozar de lo que el vudú puede hacer. Están corrompidos por sus deseos… y nunca pueden ser «zombies».

—Pero ¿qué diablo es un «zombi»?

—Nosotros le llamamos «ut-alkú», el que regresa. «Alkú» significa «regreso» y «ut», que también significa relámpago, quiere decir, en este caso concreto «breve». Porque así acontece: el «zombi» es el que regresa justo el tiempo para ejercer su deseo de venganza.

—¡Cielos!

—Por eso les hablé de intercambio, ¿lo recuerda? Un «zombi» que no ejerciese su venganza, estaría condenado a vivir en el plano astral eternamente… y eso es lo más horrible que un espíritu puede concebir. Y ahora, monsieur, monte el carburador del jeep… ¡y váyase!

—¡No! ¡No me iré! Todas esas idioteces que acabo de escuchar, me importan un bledo. ¡Pero voy a impedir que se cometa un doble asesinato!

Nankoo sonrió.

—Lo lamento. Habría deseado que se fuera por usted mismo… pero si así es como lo desea…

Sus ojos adquirieron un brillo metálico. Y, de repente, Pierre se

inclinó hacia el motor, empezando a montar el carburador del coche.

* * *

Adolf se encogió de hombros. Tenía el rifle en las manos.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Yo estoy mucho más tranquilo. Creo, Hilda, que somos víctimas de una especie de chantaje. Esos negros quieren aterrorizarnos, sin duda para sacarnos la mayor cantidad de dinero posible.

—¡Les daría todo lo que poseo por irme de aquí ahora mismo!

—¡No digas tonterías! Deja que amanezca, y verás lo que hago. Cuando me haya cargado a unos cuantos de esos salvajes, los otros entrarán en razón.

—¿Y Hans?

—He estado pensando en la «aparición»: un truco. Un par de negros sujetando el cadáver de tu marido. Después de alzarlo para que le vieras a través de la ventana, dejaron las huellas de sus pies en el suelo.

—Pero ¿y Karl y sus hombres? Debían custodiar a Hans hasta traerlo aquí… ¡y ninguno de ellos ha vuelto a aparecer!

—¡Ese cerdo de Frasser se habrá emborrachado y dejado que le robasen el camión! ¡Ya le ajustaré las cuentas cuando le eche la vista encima!

—¿Por qué no vas a ver lo que hace el francés?

—Como quieras. Pero no temas nada…, saldremos de aquí en cuanto se haga de día.

—¡Ojalá sea así!

Después de quitar el seguro del arma, Adolf salió del «special-wagón». Le sorprendió ver una enorme luna amarillenta y apergaminada, como un gran pandero, que flotaba en el cielo, dejando caer sobre la tierra una luz intensa y lechosa.

Empezó a andar hacia donde estaba el jeep, sorprendiéndole el no verlo.

—¡Lebois! —llamó.

Nadie contestó.

Münter se encogió de hombros.

—Debe haber conseguido ponerlo en marcha —pensó en voz baja— y estará dando una vuelta para probarlo.

Pensó que lo mejor era regresar junto a Hilda.

Entonces, bruscamente, LE VIO.

Hans avanzaba hacia él, viniendo de la aldea. Estaba tan completamente desnudo como cuando le colocaron en la cámara de hibernación.

A Adolf se le heló la sangre en las venas.

Bajo la lechosa luz de la luna, Hans tenía un aspecto terrorífico, y lo más horrible era que TENÍA LOS OJOS CERRADOS, aunque caminaba con una sorprendente e increíble seguridad.

Münter tardó unos segundos en reaccionar; luego, alzando el arma, dejó escapar una breve risa sardónica.

—¡No me das miedo, imbécil! ¡Nunca te lo tuve! Cuando estabas vivo, te habría destrozado con mis propias manos… y ahora, voy a llenarte el cuerpo de plomo.

Disparó.

Las balas blindadas del rifle, especial para caza mayor, arrancaron trozos del rostro, del pecho y del vientre de Hans.

Era como si invisibles licaones le estuviesen devorando a pedazos.

PERO EL ZOMBI CONTINUÓ SU IMPLACABLE AVANCE HACIA ADOLF.

Apenas si el zombi tenía ya más que la mitad derecha de la cara. Aterrorizado, cuando el arma se vació, Münter cayó de rodillas tras haber soltado el rifle.

—¡Piedad! ¡Yo no fui! ¡Fue ella, Hans! ¡Te lo juro!

Las manos del zombi se ciñeron a su cuello.

* * *

Al oír los disparos, Hilda retrocedió, con los ojos desorbitados por el terror, hasta que sus trémulas espaldas se apoyaron en la pared de la cabina del «special-wagon».

Temblaba de los pies a la cabeza.

El silencio llevó un poco de calma a su alocado corazón. Pensó que Adolf había hecho lo que pensaba hacer, matando a algunos de aquellos estúpidos negros, y que regresaría, con los porteadores, poniendo todo en orden, disponiendo la marcha de aquella maldita aldea.

Vio que el pomo de la puerta giraba, y no supo si tranquilizarse o ponerse a gritar.

Hizo lo segundo.

Porque, al abrirse la puerta, penetró en el vehículo el cuerpo destrozado de Hans, con la mitad del rostro y grandes agujeros en el pecho y el vientre.

—¡No, Hans!

El zombi avanzó hacia ella.

Hilda no hizo el menor gesto de defensa, y cuando las manos heladas de él se ciñeron a su cuello, sólo deseó —tanto le causaba la proximidad de aquel rostro medio deshecho— morir lo más rápidamente posible.

* * *

La gran hoguera ardía en el centro de la aldea. No lejos del fuego, Nankoo alzaba los brazos y la mirada hacia el cielo.

—¡Tu voluntad se ha hecho, poderosa Mahú, diosa de la Tierra! ¡Sólo resta que intervengas tú, «Fa», divinidad del corto futuro de los «zombies»!

Viniendo del campamento blanco, Hans regresaba.

El zombi se movía lentamente, con aire cansino, pero la mitad de la boca que le quedaba esbozaba una tenue sonrisa.

Avanzaba con los ojos cerrados, porque ningún zombi necesita abrirlos para ver. «Los que regresan» ven con los ojos del alma.

Ahora, el zombi marchaba hacia su final, sabiendo que, por fin, iba a abandonar los planos «inferiores», y que ya nunca más tendría el menor contacto con los vivos.

La inmensidad espiritual del mundo ádico, la primera fase hacia el cúmulo eterno, le estaba esperando.

Nankoo bajó la mirada y sus ojos agudos se clavaron en el zombi que se había detenido al otro lado de la hoguera.

—¡Hans von Verlarker! —gritó el negro—. ¡Has cumplido gloriosamente tu ciclo! ¡Que Mahú te acoja en su seno…

¡Adelante!

El zombi se puso en marcha.

Su cuerpo penetró entre las llamas. Muy pronto, el zombi empezó a arder, pero se mantuvo enhiesto, en pie, perfectamente inmóvil.

Nankoo vio, no sin un cierto sentimiento de envidia, cómo Hans se desprendía de su envoltura corporal, aquel cuerpo que sólo le permitió conocer la traición y la ambición, aquella carne que había sufrido mucho más de lo que le hubieran hecho, estando vivo, las llamas de aquella hoguera.

El zombi terminó por consumirse completamente.

Y en aquel momento, la gran luna se ocultó, como si desease dejar que Hans von Verlarker tomase el sendero que iba a conducirle a un

inmenso espacio donde, por fin, conocería la paz.

FIN